Lugares Bíblicos

Se ha buscado considerar los sucesos ocurridos
en ciertos lugares en la Biblia a las luz de los
principios morales y prácticos que recorren las Escrituras;
para ello algunos de estos escritos están compuestos
por comentarios de diversos autores y predicaciones.

Contenido

- *Mahanaim — C.H.Mackintosh y H.Rossier* *Pág. 2*
- *El Monte de Dios — J.G.Bellett* *6*
- *Desde Asdod a Bet-semes — S.Ridout* *26*
- *Eben-ezer — C.H.Mackintosh, H.Rossier y J.N.Darby* *38*
- *Siclag — H.Rossier y una predicación de Asmablea* *42*

Lugares Bíblicos

MAHANAIM

Génesis 32: 1-5

"*Jacob siguió su camino, y le salieron al encuentro ángeles de Dios. Y dijo Jacob cuando los vio: Campamento de Dios es este; y llamó el nombre de aquel lugar* ***Mahanaim****.*

Y envió Jacob mensajeros delante de sí a Esaú su hermano, a la tierra de Seir, campo de Edom. Y les mandó diciendo: Así diréis a mi señor Esaú: Así dice tu siervo Jacob. Con Labán he morado, y me he detenido hasta ahora; y tengo vacas, asnos, ovejas, y siervos y siervas; y envío a decirlo a mi señor, para hallar gracia en tus ojos".

Jacob "*siguió su camino, y le salieron al encuentro ángeles de Dios*" (v.1). A pesar de todo, la gracia de Dios acompañaba a Jacob. Nada es capaz de cambiar el amor de Dios, pues ama con amor invariable. A quien ama, le ama hasta el fin: como Él mismo Su amor es "*el mismo ayer, y hoy, y por los siglos*" (Heb. 13:8), "*el amor nunca deja de ser*" (1ª Cor. 13:8).

Pero igualmente podemos apreciar, por lo que este capítulo nos cuenta acerca de Jacob, cuán poco resultado produjo en él el "*campamento de Dios*" (v.2). Evidentemente, Jacob siente remordimientos al pensar en su encuentro con Esaú, y tenía razón para ello. Había obrado muy mal para con él, y su conciencia no le deja tranquilo. Pero, en lugar de echarse en los brazos de Dios sin reserva, recurre de nuevo a sus medios acostumbrados para prevenir la ira de Esaú. Procura congraciarse con Esaú en vez de apoyarse en Dios.

"*Les mandó diciendo: Así diréis a mi señor Esaú: Así dice tu siervo Jacob...*". Todo esto revela a un alma alejada de su centro en Dios. "*Mi señor*" y "*tu siervo*" no es el modo de hablar de un hermano a otro, ni el de una persona cualquiera que conserve el sentimiento de la dignidad que otorga la presencia de Dios. Es éste el lenguaje de Jacob, y de un Jacob con mala conciencia.

"*Y los mensajeros volvieron a Jacob, diciendo: Vinimos a tu hermano Esaú, y él también viene a recibirte, y cuatrocientos hombres con él. Entonces Jacob tuvo gran temor...*" (v.6-7). Y ¿Qué quiere hacer ahora? ¿Abandonarse en los brazos de Dios? No. Empieza a hacer planes. "*Distribuyó el pueblo que tenía consigo... Y dijo Jacob: Si viniere Esaú contra un campamento y lo ataca, el otro campamento escapará*" (v.8). El primer pensamiento de Jacob consiste siempre en algún plan, y de esta manera no es más que un verdadero ejemplo del pobre corazón humano. Es verdad

que después de haber hecho su plan se vuelve a Jehová pidiendo auxilio, pero, apenas ha cesado de pedir, vuelve a sus cálculos, así vemos en los versículos 11 al 13:

"*Líbrame ahora de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque le temo; no venga acaso y me hiera la madre con los hijos. Y Tú has dicho: Yo te haré bien, y tu descendencia será como la arena del mar, que no se puede contar por la multitud. Y durmió allí aquella noche, y tomó de lo que le vino a la mano un presente para su hermano Esaú*".

Pero orar y hacer planes son dos cosas distintas que no van juntas. Cuando trazo mis planes, descanso más o menos en ellos; cuando oro a Dios debo descansar exclusivamente en Dios. De modo que las dos cosas sean perfectamente incompatibles. Cuando mi vista es absorbida por mis propias operaciones no estoy presto a ver cómo Dios interviene en pro de mi causa. Entonces la oración no es la expresión de la necesidad en que me hallo, sino el ciego cumplimiento de algo que yo creo que debe hacerse, o tal vez la demanda a Dios para que santifique mis propios designios. Pero Dios no quiere que yo le pida que santifique y bendiga mis planes y mis medios, sino que remita todo entre Sus manos para que intervenga en mi favor.

Aun cuando Jacob había pedido que Dios le librara de su hermano Esaú, es evidente que no tenía confianza en Su intervención, pues procura apaciguar a Esaú mediante un regalo. Su confianza descansa en este regalo y no en Dios sólo. "*Engañoso es el corazón más que todas las cosas*" (Jeremías 17:9). A menudo es difícil descubrir cuál es el verdadero fundamento de nuestra confianza. Creemos que nos apoyamos en Dios— o querríamos persuadirnos de ello— cuando de hecho hemos colocado nuestra confianza en algún arreglo de nuestra propia invención. El que oyese a Jacob pedir a Dios: "*Líbrame ahora de la mano de mi hermano*", no podría imaginarse que añadiría: "*¿Apaciguaré su ira con el presente?*" (v.20). ¿Ya había olvidado su oración? ¿Hizo un dios de su presente? Porque puso más confianza en su presente que en Jehová.

Estas preguntas nacen naturalmente de todo lo que aquí se nos cuenta de Jacob, y podemos leer la respuesta en el espejo de nuestro propio corazón. Este corazón nos enseña tan bien como la historia de Jacob nuestra disposición a apoyarnos en las combinaciones de nuestra propia sabiduría que en Dios; pero así a nada bueno llegamos. Con frecuencia nos sentimos demasiado contentos de nosotros mismos después de haber orado acerca de nuestros planes o del uso de todos los medios permitidos y haberle pedido a Dios que les bendijera. Pero en tales casos nuestras oraciones no valen nada más que nuestros planes, ya que descansamos en estos más que en Dios. Es preciso que de hecho seamos llevados al total fracaso de todo lo que sea el producto del "yo", antes de que Dios se pueda manifestar. Y para que abandonemos nuestros planes, es necesario que crucifiquemos el "yo". Es absolutamente necesario que reconozcamos que "*toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo*" (Isaías 40:6).

A ello fue llevado Jacob en el capítulo que nos ocupa. Después de haber

tomado todas las disposiciones prudentes, nos dice la Palabra: "*Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba*" (v.24). Aquí principia un nuevo aspecto de la historia de este hombre notable. Es preciso que nos encontremos a solas con Dios para que lleguemos a un conocimiento justo de nosotros mismos y de nuestros caminos. Para conocer el valor de la naturaleza humana y de sus procedimientos, es preciso que les hayamos pesado en la balanza del santuario. Poco importa lo que pensemos de nosotros mismos o lo que los hombres piensen de nosotros. Para hacer que lo sepamos, es preciso que seamos dejados "solos", lejos del mundo, lejos del "yo", lejos de todos los pensamientos, de todos los raciocinios y de todas las emociones de la naturaleza humana, solos con Dios.

2ª Samuel 17: 24-29

"*Y David llegó a **Mahanaim**; y Absalón pasó el Jordán con toda la gente de Israel... Y acampó Israel con Absalón en tierra de Galaad.*

Luego que David llegó a Mahanaim, Sobi hijo de Nahas, de Rabá de los hijos de Amón, Maquir hijo de Amiel, de Lodebar, y Barzilai galaadita de Rogelim, trajeron a David y al pueblo que estaba con él, camas, tazas, vasijas de barro, trigo, cebado, harina... para que comiesen; porque decían: El pueblo está hambriento y cansado y sediento en el desierto".

David, perseguido por Absalón, llega a Mahanaim. Es allí donde Jacob, al regresar del exilio, encontró el ejército de Dios para protegerle de las empresas de Esaú. Es allí donde David, volviendo a tomar bajo la disciplina el camino del exilio, se encuentra bajo la misma égida. ¡Cuán tranquilizador para el alma! Nuestras circunstancias pueden cambiar: trátese de la fuerza o de la flaqueza, del crisol o de la restauración del alma; en uno u otro caso, siendo el peligro el mismo, venga éste de un Esaú o de un Absalón, los recursos de nuestro Dios permanecen inmutables.

Para comprender mejor la escena que aquí se nos presenta, es necesario ir un poco antes, al capítulo 16, en donde encontramos relatadas las palabras de odio dichas por Simei a David: "*¡Fuera, fuera, hombre sanguinario y perverso! Jehová te ha dado el pago de toda la sangre de la casa de Saúl, en lugar del cual tú has reinado, y Jehová ha entregado el reino en mano de tu hijo Absalón; y hete aquí sorprendido en tu maldad, porque eres hombre sanguinario*" (v.7-8). Sin duda los motivos del odio de Simei eran ilegítimos y David no había dado motivos para ello, esto era una vil calumnia, ser acusado injustamente cuando había perdonado la vida de Saúl en la cueva y en medio de su campamento dormido, nunca pagándole con el mal. Pero David humillado tomó por verdadero el juicio levantado, Simei no lo sabía, pero Dios si lo sabía. Simei era sólo un instrumento Divino para recordar a David su pecado por la muerte de Urías. David acepta la maldición, su corazón quebrantado no busca defensa, ni disculpa, ni ninguna compensación en su justicia pasada: "*Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David*" (v.10), para él, esto es el juicio de Dios, y su único recurso es la gracia: "*Quizá mirará Jehová mi aflicción,*

y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy" (v.12). La fe mira a la gracia y la gracia se complace en satisfacerla.

En Mahanaim esperan a David: Sobi, Maquir y Barzilai, un testimonio completo del amor de Dios. Si, en Mahanaim encontramos los recursos de nuestro Dios. Es conmovedor ver como Dios junta con el mismo celo tres personajes tan diferentes de posición, de nacionalidad y de carácter. Él hace que un objeto de interés común haga caer todas las barreras: Sobi era un amonita, Maquir no se nos dice que fuera un hombre muy rico como Barzilai, pero este último era ya un anciano. Ellos dan aquello que Dios les había dado, cualquiera que haya sido su condición ellos manifiestan no de palabra, sino brindando un servicio oportuno y desinteresado, aquello que Dios mismo desarrollaba en sus corazones.

Muchos escritos nos llevan a ver a estos hombres como ejemplos, mas es necesario ver la Mano que guía esta escena, y el momento en la vida de David en que ésta se presenta.

Debemos aprender en nuestra debilidad, que en las maneras misteriosas que Dios emplea para obrar, se encuentran Sus grandes recursos y estos trabajan para nuestro bien final. Tenemos expuestas ante nosotros las vidas de estos dos hombres, Jacob y David, ambos después de haber cometido horribles pecados, ya teniendo una relación con Dios. El patriarca, un suplantador; el rey, un hombre sanguinario; sin embargo, ambos por la sobreabundante gracia soberana de Dios llegan a Mahanaim, así es también para con nosotros, Sus recursos nunca faltan, pero por estas dos historias podemos comprender mejor ¿Por qué no nos damos cuenta de ello? ¿Por qué no reconocemos a Mahanaim en nuestras vidas?

Es necesario un corazón contrito y humillado, en donde habiendo acabado con el "yo", Dios pueda obrar libremente. Quiera Él, bendito por siempre, darnos la constricción, llevarnos a la humillación tantas veces necesaria para que podamos en nuestras vidas llegar a este hermoso lugar, en donde perder o ganar no es lo importante, un lugar en donde el temor no tiene lugar porque Su amor nunca deja de ser... Tan sólo en un corazón quebrantado el Señor puede ocupar todo el sitio.

Obtenido del estudio de algunos capítulos del libro de Génesis por C.H.Mackintosh y de 2ª Samuel por H.Rossier

EL MONTE DE DIOS

Éxodo 1 - 18.

Separo estos capítulos porque ellos nos presentan, a mi juicio, un claro tema para meditación, y algunos de los fundamentos sobre los cuales Horeb, o Sinaí, en Arabia, es llamado el "*monte de Dios*".

Estos comienzan mostrándonos a Israel en Egipto, y la tierra es vista en su culpabilidad ante Dios, porque está escrito de ella, "*Se levantó un nuevo rey sobre Egipto, que no conocía a José*".

La tierra era de este modo desagradecida, y rebelde. Ella se había alejado de José, y así también, de Dios mismo, de Aquel que había llenado sus graneros con abundancia, y su trono con honor y poder. De este modo Egipto era una miniatura del mundo —el gran apostata de su justo Señor y bondadoso benefactor. Y Dios no tenía santuario, ni altar allí. Su pueblo habría sacrificado la abominación de esa tierra (Éx.8:26), por tanto, ellos debían ir al desierto para tener su fiesta, o hacer su servicio a Jehová. Todo estaba en un estado de apostasía y de madurez para el juicio. El recuerdo de José había sido despreciado, y todo lo que quedaba para José era puesto a hacer ladrillos (Éx.1).

Pero en tal lugar Jehová tenía un racimo, y en el racimo una bendición. El racimo de Israel en la viña de Egipto en aquel tiempo tenía sabor, es verdad, demasiado a la tierra donde había crecido, ya que como unos habían olvidado a Moisés (o a José), así los otros ahora rechazan a Moisés, diciendo, "*¿Quién te ha hecho príncipe y juez sobre nosotros?*" pero Dios tiene Su remanente aun en tal generación, Su bendición en tal racimo (Isa.65:8), y ésta se encuentra en la tribu de Leví, a la que este segundo José (el ofrecido, pero rechazado, libertador de su nación) pertenecía. "*Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses, porque le vieron niño hermoso, y no temieron el decreto del rey*" (Heb.11:23).

Pero el nombre de este hijo, este predestinado libertador de Su pueblo tiene su significado. La hija de Faraón, como sabemos lo llamó *"Moisés*" porque ella lo había *"sacado*" de las aguas. Pero Dios tenía Su propósito, parece, en ese nombre también, porque éste es desde entonces hasta el fin reconocido por el Espíritu de Dios; él fue otro Noé. Noé había sido "*sacado*". Un arca lo ha guardado en las aguas hasta que la tierra seca nuevamente le recibió; y eso fue, como somos divinamente enseñados, también una figura juntamente con el bautismo de muerte y resurrección (1ª Ped.3:20-21). Y también Moisés ahora había sido guardado en un arca a través de las aguas, ese lugar de muerte, hasta que él nuevamente entró en el lugar de la vida. Como uno que había muerto y resucitado (Éx.2).

De este modo místicamente es un hombre muerto y resucitado; y él actúa, "*hecho ya grande*", en el poder de resurrección, rehúsa ser llamado hijo de la hija de Faraón, y escoge más bien sufrir con el pueblo de Dios; es decir, desconociendo sus ventajas en la carne y en el mundo, y andando por fe, viendo al Invisible, y "*teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón*".

Tal es él, de este modo, en su persona y carácter, antes que salga para realizar su servicio señalado, ya sea entre extranjeros o en Israel. A través de su incredulidad, al rechazar al libertador, los hijos de Israel fueron dejados por un tiempo en los hornos de ladrillos de Egipto. Pero aquel que rechazaron es aceptado en otro lugar, y se sienta no a la cabeza de una nación, sino de una familia, gozando intimidades y afecciones más dulces e íntimas que las que había conocido antes entre su propia parentela. Un extranjero lo recibe. Jetro, el madianita, le abre su casa, y le da su hija en matrimonio, porque él había venido a ser su libertador, aunque, a pesar de la misma gracia hacia ellos, Israel lo había rechazado.

Esta familia de extranjeros es místicamente la iglesia tomada de entre los Gentiles durante el alejamiento entre Dios e Israel, como a menudo se ha observado entre nosotros, amados. No me detengo por tanto para considerar esto de modo particular. Pero (como generalmente lo sabemos) la bendición no es agotada sobre esta familia de extranjeros. Israel es recordado todavía, aunque ellos han rechazado al libertador. De acuerdo con esto Moisés, en debido tiempo, es llamado para cambiar la escena de su acción nuevamente, y debe llevar la fortaleza y amor redentor de Dios nuevamente a Israel en Egipto. Porque Él es su única esperanza y canal de bendición. Si en su angustia Israel clama a Jehová, la respuesta debe venir por la mano de Aquel a quien una vez rechazaron. Jehová no tenía otra ayuda para ellos. Del desterrado José, Él ha sido el pastor y la Roca de Israel. Pero Él puede y responderá. Los oídos de Jehová han escuchado el clamor, y Moisés es inmediatamente enviado en su camino de retorno de Madían a Egipto para ayudar a Israel.

La zarza ardiendo es ahora el símbolo del constante cuidado de Dios por Israel, aunque en el horno de Egipto. Ésta dice a Moisés como en todas sus aflicciones Jehová fue afligido, y como el ángel de Su presencia todavía los había preservado. Y es en conexión con esta zarza mística que Horeb es llamado primeramente el "*monte de Dios*". Porque fue allí primeramente que Jehová habló de Sí mismo. Aquel que "*moraba en la zarza*" tenía una buena voluntad hacia ellos, porque si el Hijo de Dios estaba en el horno con Su pueblo, era para preservarlo. Y este mismo lugar que ahora de este modo testificaba de la gracia, dentro de poco también les testificaría de la gloria, como aquí dice a Moisés, "*cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte*" (Éx.3:12).

Así era ahora entre Jehová y Moisés en este santo monte. Después milagro tras milagro, a la vista de Egipto, y plaga tras plaga, y la ira derramada, este

libertador rescató a Israel de la mano de sus amos. Éste era el día de juicio para Egipto, como después lo fue para Canaán. Porque Egipto era el mundo, como he dicho. Egipto había colmado sus pecados, y despreciado el día de gracia en José, y ahora viene bajo juicio por Moisés. Esto era como la ira del Cordero descendiendo sobre aquellos que rechazan la sangre del Cordero. Faraón dijo que no conocía a Jehová, pero Faraón debía conocerlo (Éx.5:2 y 9.14). Si Faraón lo desconocía en bondad, debía conocerlo en justicia, porque Sus juicios debían ser ahora manifestados, y "*Jehová es conocido por los juicios que ejecuta*". Como lo dicen Sus santos profetas, "*Cuando Tus juicios están sobre la tierra, los habitantes del mundo aprenderán justicia*". Dios quería ser conocido en gracia; pero si esa lección es rechazada por Egipto, se le debe conocer con Su mano levantada en poder, como lo hace ahora, hasta que la fortaleza y la flor de su pueblo perezcan en el Mar Rojo (Éx.5-15).

Pero deseo, en medio de estas escenas que estos capítulos nos presentan, considerar por unos momentos a los hijos de Israel entre la noche pascual y las orillas del mar Rojo.

La sangre sobre los dinteles había protegido a los primogénitos, y los egipcios han tenido que dejar que Israel saliese de la tierra. Pero los mismos egipcios no habían sido destruidos, tampoco estaba Israel claramente más allá de los límites del enemigo. Estos resultados esperaban hasta que el mar Rojo fue alcanzado y cruzado. Hasta entonces ellos no estaban tranquilos, ni tenían un cántico en sus bocas. Los egipcios habían salido tras ellos, y ellos pensaban, que no había nada sino muerte delante y detrás. Ellos veían la nube, y no podían sino recordar la protección de la sangre, y que había en alguna forma, dejado Egipto. Pero en cierto sentido también pensaban que estaban en un peor estado que antes. Y ésta es a menudo una etapa en la historia de un alma convertida. Allí está la vivificación, el salir de Egipto, la súbita nueva dirección que el alma toma, con algún sentido del valor de la sangre de Cristo. Pero hasta entonces, esta vivificación, y levantamiento sólo guía al alma a pensar que su condición es la peor que ha tenido. Viene sobre ella un sentido de muerte, de culpabilidad debido a comprender sus trasgresiones y pecados, sin una adecuada seguridad de la completa redención. Hay un pilar entre el Señor Jesús y Dios, si puedo decir así. El alma puede mirar a Jesús —Su sangre sobre los dinteles de las puertas le hablan de Su amor, pero Dios no ha sido comprendido o conocido de manera a dar certeza y tranquilidad de corazón. Toda la virtud de la cruz no es conocida, toda la virtud de la nube y la vara no es conocida aún aquí por el israelita. Porque la nube tenía virtud no sólo para guiar a los redimidos, sino también para destruir a sus perseguidores. Ésta podía cambiar su fundamento, y ponerse en medio de los dos campamentos, y era luz para unos, y oscuridad para los otros, como su compañero, la vara podía abrir un pasaje para uno, y sepultar a los otros en las poderosas aguas.

De igual manera la cruz tiene una plena y doble virtud. Ésta rescata al pecador y silencia a todos sus acusadores. Pero hasta que estas virtudes sean

comprendidas, el alma será mantenida como en el intervalo entre la pascua y el mar Rojo. Aunque, sin embargo, la nube y la vara se desplieguen plenamente —la cruz de Cristo publica toda su virtud a oídos de la fe, después Israel puede cantar, y el creyente puede decir, "*Si Dios es por nosotros, ¿Quién contra nosotros?*" Dios como también el Señor Jesús pueden ser alabados y vistos en Su triunfo, cuando todo el carácter de la cruz es manifestado al alma. Se ve entonces que todas las enemistades han sido abolidas (Efes.2) —la ley ha encontrado su fin (Rom.10) —el pecado su paga, y por consiguiente ellos son exonerados (Rom.6) —el gran enemigo ha sido llevado cautivo con todo su poder (Col.2) —la muerte ha sido abolida (2ª Tim.1) —y ellos son felices en la adopción y el amor de Dios (Rom.8) —tratados también como estando en el Espíritu, y no en la carne (Rom.8) seguros en aquella mano de la cual nadie puede arrebatarlos (Jn.10) —morando en ese amor que no deja lugar al temor (1ª Jn.4). Israel ha pasado las aguas.

Así es a veces con el alma, como aquí con Israel. Por supuesto la plena victoria del Señor Jesús para el pecador puede ser comprendida enseguida, porque el evangelio la publica sin reserva. Pero hasta que sea así, el cántico no es aprendido, y los redimidos están en el lado egipcio del mar Rojo.

Pero el mar una vez cruzado, Israel comprende la nube y la vara, y Egipto y su enemistad desaparecen para siempre. Antes, sin embargo, de que lleguen "*al monte de Dios"*, ellos deben tener su fiesta, tienen que conocer la mano que los ha guiado, como también el brazo que los ha salvado. Porque debe haber una jornada desde el mar hasta el monte, como ha habido una desde Egipto hasta el mar; y en esta segunda jornada también debemos detenernos un poco (Éx.15-17).

Cinco lecciones distintas se enseñan al pueblo en esta jornada, el alma del santo debe entrar en el valor de cada una de ellas. El cántico ya los ha instruido en la victoria de Jehová, y ese cántico debe mantenerse vivo en sus corazones a través de toda la jornada, cuales sean las otras lecciones que deben aprender, porque esa ha sido una victoria inmortal, y el fruto de ella ellos lo están recogiendo a cada paso del camino. Pero después de esto tenemos la sanidad de las aguas de Mara, las fuentes de aguas, las palmeras de Elim, el maná, el agua de la roca, la derrota de Amalec. Estas cinco lecciones distintas, despliegan la variada gracia y el poder de Jehová, y pasan ante nosotros en este intervalo entre el mar Rojo y "*el monte de Dios*". Y cada una de ellas nos hablan de Sus cuidados por Su congregación en el desierto.

La sanidad de las aguas de Mara por medio del árbol cortado nos habla de las consolaciones que son provistas para enfrentar las aflicciones de este mundo malo. Pablo gustó de ese árbol, cuando podía decir, "*afligidos, aun siempre regocijándonos*". Las fuentes y las palmeras nos hablan de refrigerios ocasionales que el santo encuentra a través de la comunión y el ministerio. El campamento pasó por allí, y no los vio más, después de haber tenido un descanso allí. De este modo el apóstol podía sentarse con ellos por unos momentos, cuando era confortado por la fe mutua de sí mismo y de los otros.

El maná, a su vez, también nos habla de bendición. Éste nos habla de Jesús, el Pan de vida. Diferente a la provisión de Elim, éste permanece. Éste caía, mañana y tarde, por cuarenta años sobre el campamento, y los alimentó hasta que ellos llegaron a la tierra de grano y aceite —como el verdadero pan que el Padre da para alimentarnos, fuese lo que fuese el desierto y donde ellos estaban. El agua de la roca nos habla en debido orden del Espíritu Santo, el Consolador que permanece. Diferente a las fuentes de Elim. También, esta agua los sigue a través de todo el camino, como dice el dador de la verdadera agua, "*para que Él pueda permanecer con vosotros para siempre*". Y finalmente, la derrota de Amalec nos habla de la fortaleza de la diestra de Jehová sobre aquello que se atreve a ponerse en el camino de ese pueblo rescatado sobre el cual estaba la gloria de Jehová[1].

De este modo ellos aprenden la suficiencia de la gracia y el poder de Dios para sus necesidades. Él tiene pan y agua para ellos, el árbol sanador, y las palmeras de Elim, aunque el lugar sea desierto y seco, y la victoria para ellos cuando el enemigo aparece.

Y aquí permítanme decir que Jehová adquiere Sus santos honores por medio de todos aquellos actos y misericordias que Él realiza a favor de Su pueblo. De este modo Sus memoriales están grabados sobre nuestras bendiciones. ¡Ésta es una maravillosa gracia y una perfecta bondad, que Dios sea celebrado por y en aquello que nos bendice! Él obtiene el título "*Jehová-jireh*", porque en gracia ha provisto un cordero en el lugar de Isaac; Él fue celebrado como "*hombre de guerra*", porque obtuvo la victoria para Su pueblo en el mar Rojo; Él fue "*Jehová–rophi*", porque sanó las aguas amargas para el campamento; "*Jehová-nissi*", porque fue su bandera contra Amalec. Y así podría seguir aún más lejos. Pero esto es suficiente para mostrarnos que Él se hace a Sí mismo un nombre, como dice Jeremías (Jer.32:20), por lo que hace para nosotros, y adquiere (tal es Su gracia) Su propia alabanza y honor por aquello que asegura a Su pueblo la bendición. La victoria de Cristo fue sobre nuestros enemigos. Si creemos en Su victoria, debemos creer en nuestra salvación. Cuestionar nuestra bendición es negarle a Él Su alabanza. Y es una bendita economía de bondad la que de este modo entreteje inseparablemente estas dos cosas.

Pero la última de estas lecciones tiene una gran enseñanza para nosotros, y desearía considerarla con un poco más de detalles. Amalec fue el nieto de Esaú, y Esaú, como sabemos, fue el hombre profano —el hombre del mundo. Y Amalec aparece ante nosotros en este lugar como uno que pertenece a ese linaje que sigue

[1] Cuando el pueblo murmuró por agua, Moisés no sabía qué hacer (Éx.17), pero cuando el Señor Jesús está en la misma conexión con la mujer pecadora de Samaria, sin retraso o sentido de dificultad, Él se encarga de darle agua (Jn.4). Porque Él era (y Él mismo lo sabía) esa roca que Moisés había visto, y que estaba preparada todavía con sus ríos vivos esperando a los pobres sedientos pecadores en el desierto de este mundo. ¡Pero qué infinita distancia personalmente se muestra entre el Señor Jesús y Moisés! Moisés, realmente fue un siervo, el Señor Jesús la Roca viva.

su curso a través de la tierra, como poderosos cazadores ante Jehová, o desafiantes y rivales de Dios mismo. En aquel momento la gloria se veía sobre Israel y la roca los estaba siguiendo con sus ríos. Pero ¿Qué era todo esto para Amalec? ¿Se preocupaba él por esa gloria? Tal como Isaías o Daniel podían conocer su propia vileza ante ésta, y Pedro en Su presencia podía verse como un hombre pecador, pero la gloria no tenía una lección de santo temor para uno como Amalec; él aparece más bien para medir su fuerza y poder con esta gloria, él es uno que se atreve a levantar sus ídolos sobre los muros de la santa ciudad, y sus tabernáculos en el monte santo. ¿Qué es la gloria para estos? "*Nuestras lenguas son nuestras*", dicen ellos; nuestros estandartes pueden rivalizar con la columna de Jehová. Pero la mano que los sostiene se secará, como Amalec aquí cae, y como caerá el último de esa raza después (Dn.11), y nadie lo ayudará.

Esto puede ser terrible, y es así; pero esto termina también la prueba y disciplina de Israel. Como en ese día futuro también, cuando el último Amalec caiga, y todos aquellos que se encuentren inscritos en el libro sean libertados, así aquí la destrucción de este enemigo abre un camino para que Israel llegue "*al monte de Dios*". Ese lugar, al que ellos han sido llamados desde Egipto, bajo promesa que allí servirían a Jehová, y le harían fiesta, es ahora alcanzado, sus trabajos, disciplina y peligros han pasado.

Y esto que había sido por mucho tiempo prometido y ahora alcanzado, este monte es nuevamente llamado "*el monte de Dios*". La primera vez Moisés es visto allí, la zarza ardía, y como ya hemos visto, ésta le hablaba a él de gracia, pero ahora hay algo que le habla de gloria. Entonces él vio la promesa de redención, ahora ve la promesa del reino (Éx.18).

Séfora y sus hijos han sido enviados a la casa de su padre; y, como pensamos, inmediatamente después de la circuncisión del hijo (Éx.4), y naturalmente así. Porque había algo en esa acción que no era conforme al pensamiento de una esposa Gentil. Pero Moisés, cuando vuelve en conexión con Israel, tenía que reconocer la circuncisión del Dios de Abraham. Volviendo a su parentela en la carne, él tendría que recordar la señal legislativa nacional en la carne. El reproche de Madián había sido quitado entonces, como el reproche de Egipto lo fue después (Jos.5). Pero Séfora, quien no tenía una parentela carnal con Israel, no podía haber estado preparada para esto, por tanto, Jehová no tenía controversia con ella. Era Moisés o su hijo, y no Séfora, a quien Jehová habría muerto, de acuerdo con la ordenanza (Gén.17:14). Y su vida estando perdida a esa ordenanza, fue sólo la gracia la que lo libró. Y era completamente justo y adecuado que en ese momento Séfora fuese enviada a casa de su padre. El Espíritu, sin embargo, ha dejado esto sin certeza. Y justamente así, como pienso, porque su partida al hogar en Madian es típicamente el ocultamiento de los gentiles, o de la familia celestial, en la casa del Padre, hasta que el Señor, el verdadero Moisés, conduzca estos juicios sobre Egipto (figura del mundo), que han de terminar en la libertad de Su pueblo terrenal y en el reino.

Pero Egipto siendo juzgado, Israel redimido, disciplinado, y guiado a los límites del monte, el debido tiempo había llegado para la reaparición de Séfora, la esposa Gentil. Ella es ahora manifestada, traída por su padre, para reunirse con Moisés en "*el monte de Dios*", cuando la acción de juicio y redención ha sido ahora gloriosa y plenamente cumplida.

La escena aquí es de este modo sorprendentemente bella y significativa. Tenemos aquí (como otro lo ha llamado justamente) «al misterioso ceneo», porque Jetro es un tipo o misterio, una señal de aquello que es especialmente el misterio; él aquí encuentra y se reúne con los redimidos herederos de la bendición terrenal que hasta ahora eran extraños para él. Jetro viene de regiones desconocidas para Israel. Pero cuando ellos se encuentran no hay falta de un pleno compañerismo. Una mano común parece haberlos guiado a uno hacia el otro. Los hechos de Jehová, Sus famosos hechos a favor de Israel, son relatados, cuando Jetro y Moisés se besan el uno al otro, y la afección familiar ha tenido su lugar. Los extranjeros felicitan a las tribus terrenales por su reciente rescate y próspera jornada al "*monte de Dios*" y ahora la unión del gran libertador de Israel, con su distante y desconocida familia es manifestada. Hasta aquí ésta había sido una unión oculta. Pero ahora la esposa y los hijos, llevados por el padre, aparecen en presencia de su parentela carnal, y toman un lugar más cercano ante Moisés, el gran centro de toda la escena.

Los extranjeros de igual modo toman las más elevadas dignidades, y llenan también el lugar de más íntima afección. Jetro ocupa, como el trono y el templo, dando direcciones al legislador, y ofreciendo sacrificio en presencia del sacerdote. El último es primero, —el más joven es puesto sobre el mayor— el extranjero ocupa un más elevado honor que la parentela carnal.

Pero ¿Qué es todo esto sino una figura de la dispensación de la plenitud de los tiempos, la reunión de todas las cosas que están en los cielos y en la tierra? ¿Es esta escena menor a la escalera que se levantaba entre la tierra y el cielo? ¿No escuchamos aquí la conversación del sacerdote extranjero con el Israel redimido, regocijándose en su bendición, pero teniendo todavía el lugar de santidad y honor? Jetro asume el lugar de Melquisedec. En glorias no menores que aquellas de rey y sacerdote él brilla aquí ante nosotros; él ofrece sacrificios y hace una fiesta para Aarón, y se sienta como principal en el tribunal con Moisés. Y cuando él ha desplegado de este modo sus glorias, y alegrado en la prosperidad de los escogidos de Dios, y guiado su alabanza por la misericordia, "*él siguió su camino*". Como se dijo del Dios de Abraham antes, "*Y Jehová se fue, luego que acabó de hablar a Abraham*" (Gén.18). Del mismo modo ahora Jetro, habiéndose regocijado con Israel y desplegado sus glorias, sigue su camino. Porque ambos eran extranjeros en la tierra, y un distante camino los guiaba a su propio hogar.

De esta forma tenemos grandes cosas en este capítulo 18 de Éxodo. El comienzo de éste nos muestra a la Persona celestial descendiendo, y al final se nos muestra Su retorno o ascenso en figura, como los ángeles de Dios una vez

ascendieron y descendieron sobre la escalera mística, y nuevamente sobre el Hijo del hombre. Esto nos muestra también en figura todas las cosas en el cielo y en la tierra reunidas en Aquel que está conectado con las dos grandes familias, aunque en diferentes formas, mientras ellos son desconocidos los unos a los otros todavía. Todo esto nos habla realmente de la dispensación de la plenitud de los tiempos (Efes.1:10). Este monte, donde todo esto es visto, es nuevamente llamado "*el monte de Dios*" como siendo de esta manera el lugar de la gloria, como antes cuando fue llamado "*el monte de Dios*", fue sorprendentemente el lugar de la gracia, o de la zarza ardiendo. Esto bien merece la alabanza. Éste es ciertamente el terreno místico donde los árboles del bendito Dios son vistos de este modo, y donde aprendemos acerca de aquellos designios Suyos, que establecen el corazón en fe y esperanza.

La comunión entre las familias terrenal y celestial habiendo tenido un gran centro, como se gozará en el reino futuro, esto también ha sido tipificado en muchas sombras en el pasado. La escalera que Jacob vio, a la cual he aludido, nos presenta también esto en figura. El paso de Moisés de la nube en el tabernáculo al campamento de la congregación (Éx.33), fue otra expresión de esta comunicación entre el lugar de la gloria y la tierra. La visión sobre el monte de la transfiguración, donde es vista la familia glorificada, y también los representantes de Israel, nos presentan otro anticipo y figura de esto. La entrevista entre el Señor resucitado y Sus discípulos, aún en sus lugares terrenales, son también una figura de esto: porque a veces Él se mostró a ellos, pero Su lugar estuvo más propiamente en el cielo, Su palabra entonces fue "*No me toquéis*", aunque en ocasiones Él comía y bebía con ellos como antes. Así, la cuenta que es tomada del modo en el cual Salomón ascendía a la casa de Jehová, y que era uno de los principales objetos que atraían la visión, y llenaron el espíritu de la reina de Sabá, es otra indicación de lo mismo (2ª Crón.9); porque esto miraba a algo arriba, y aparte de, los meros lugares terrenales, a los cuales la apariencia de los siervos, el mobiliario de las mesas, y toda la magnificencia y plenitud pertenecía, probablemente atraían sus pensamientos hacia arriba. Y el final de nuestro capitulo nos muestra lo mismo. Aquí está nuevamente la escalera, la comunión de los cielos con la tierra en los días de gloria. El alejamiento, por un tiempo, de Moisés de Israel, su permanencia u ocultamiento entre los gentiles con su esposa, e hijos allí, después su retorno a Israel, su redención y disciplina bajo su mano, la destrucción del gran enemigo que se atrevió a desafiar la gloria de Jehová, y finalmente, el lugar de paz, "*el monte de Dios*"; donde extranjeros e Israel (ambos, aunque de forma diferente, han encontrado su unión con Moisés el libertador común) se encuentran allí por primera vez para regocijarse juntos, mientras el extranjero ocupa las dignidades e intimidades más íntimas: todo esto nos habla del relato místico de los cielos y la tierra en el reino futuro de la dispensación de la plenitud de los tiempos. La unión de la esposa y el esposo, que antes habían estado ocultos, es ahora publicada, y el Gentil está más cerca de Moisés que toda su parentela en la carne.

Hay una voz en todo esto, amados, que no podemos dejar de escuchar. Porque así ciertamente será en el reino. ¿No estará sobre la tierra entonces todo lo que es real y glorioso, con ascenso al cielo desde Jerusalén? ¿No estará allí la verdadera escalera, y los ministros del reino descenderán y subirán sobre ella? ¿No cubrirá entonces la gloria las moradas y asambleas de Sion? "*Los cielos regocíjense y alégrese la tierra*", relatos de misericordia y salvación se escucharán entonces, como aquí; y la iglesia comprenderá el gozo de la libertad de Israel, aunque ellos nunca se conocieron el uno al otro antes, porque el camino de la iglesia ha sido celestial, y el de Israel terrenal, y de este modo ellos no han estado en las mismas regiones. Pero entonces ellos encontraran que todo el tiempo han tenido un centro común en el verdadero Moisés, el verdadero Esposo, el verdadero extranjero celestial, el libertador y líder de las tribus de Israel. Y entonces como Jetro aquí extiende la mesa y da la bendición, así en la ciudad de oro, la ciudad de los extranjeros celestiales derramará su luz y aguas, la refulgencia de sus glorias y los ríos de sus fuentes, para alegrar y refrescar la tierra, e Israel y las naciones serán bendecidos en el reino milenial del Hijo del hombre.

El próximo capítulo (19) nos introduce a otras escenas y pensamientos, de modo a permitirnos contemplar esta escritura (Ex.1-18). Y éste es, de hecho, uno de los títulos de Horeb a la santa dignidad que éste tiene. Aquí se nos muestra porque éste debiese ser llamado "*el monte de Dios*". Porque gracia y gloria, como hemos ahora visto, se despliegan allí, y pertenecen a Dios. Las próximas escenas, sin embargo, tienen el mismo significado, y nos presentan nuevamente, aunque en otras líneas (al Señor dándonos Su gracia y bendición), él título del monte para llevar aquella santa inscripción. Y al detenernos en esto, amados, puedan nuestras almas obtener creciente fortaleza para levantarnos sobre el nivel de esta tierra corrupta, y todas sus bajas ambiciones y vanidades.

Éxodo 19 - 40.

Ya he considerado el monte Horeb, "*el monte de Dios*", como testigo de la gracia y la gloria, o de la redención y el reino, siendo el lugar donde el Dios de Israel se mostró en la zarza ardiendo, el símbolo de la gracia y salvación, y después desplegó las glorias y gozos del reino en la comunión de Jetro con las tribus rescatadas de Israel.

Pero, aunque todo esto ha pasado, la congregación estaba todavía en el mismo lugar; y ese lugar, como veremos, todavía nos habla de su derecho a ser llamado "*el monte de Dios*".

Al comienzo de estos capítulos llegamos al tercer mes desde el éxodo. Una nueva era es de este modo notada por el Espíritu, y conforme a ello nuevas escenas y pensamientos se desplegarán ante nosotros. El corazón del pueblo aquí es llamado a ejercicio. Moisés el mediador va y viene entre ellos y Jehová; y todo esto prueba lo que había en ellos, y termina probando la seguridad del hombre

natural, y su confianza en sí mismo para hacer todo lo que Jehová les mandara (Éx.19).

Pero esta conducta fue su locura. Ellos habían sido sacados de Egipto por el Dios que moraba en la zarza, "*el Dios de gracia*", el Dios de Abraham, Isaac y Jacob; y la misma mano que los había guiado a través del desierto hasta el monte donde "*el Dios de gloria*", en figura les había mostrado Su reino y gozo. Pero ahora, tan pronto como Dios, habiéndoles mostrado de esta forma, lo que Él era, se vuelve, como para preguntarles lo que ellos eran, o si confiarían en sí mismos antes que en Él, el fundamento de sus corazones es descubierto. Y el hombre es hallado lleno de confianza propia y jactancia, preparado para entrar en términos con Dios, antes que simplemente ser deudores a Él por la gracia y la gloria.

De acuerdo con esto, este monte, donde últimamente fue vista la paz y el honor del reino en presencia de Jetro, ahora, a la partida de aquel misterioso extranjero, viene a ser el monte de fuego. Este monte se viste ahora de nuevos atributos. Éste se está preparando para consumir al pecador, un monte de oscuridad, tiniebla y tempestad, donde la voz de Dios es escuchada en justicia, donde los diez mandamientos (o el pacto de la ley de obras), pone al hombre a prueba, a la cual él confiadamente se había sometido, debían ser ahora publicados.

¿Pero en qué terminará esta prueba? Ésta debe dejar toda su belleza corrompida. El monte ardiendo de la ley les da a ellos enseguida a conocer lo terrible de esa justicia que ellos han desafiado, y ante ella ellos sólo pueden clamar en temor (Éx.20).

Esto, sin embargo, era como debía ser. Este clamor de temor era el propio y conveniente fruto del fundamento sobre el cual estaba Israel ahora, como lo dice el mismo Dios después (Dt.5:8). Y de acuerdo con este temor ellos permanecen lejos. Pero el mediador se acerca a aquella espesa oscuridad donde estaba Dios, y allí, como entre Jehová y Su pueblo, él recibe los estatutos del reino que debían hacer de Israel la nación de Jehová —un pueblo separado, que debía tener a Jehová como su Dios y Rey, llevando Su imagen y Nombre escrito sobre ellos. A ellos se les promete también un ángel que iría delante de ellos, como presidiendo, sobre este pacto de la nación, en quien el nombre de Jehová de Israel debía estar; de modo que si ellos le obedecían serían bendecidos, pero, si desobedecían, Él no perdonaría sus trasgresiones (Éx.21-23).

El mediador habiendo de esta forma recibido el libro de estatutos del reino, y la promesa del ángel del pacto, el mismo pacto es solemnemente sellado. Éste fue dedicado con sangre (Heb.9:18-19). El altar y los doce pilares levantados, y fueron rociados con sangre. Después el libro del pacto fue leído; y, el pueblo se compromete a obedecer, y también ellos fueron rociados con sangre. De esta forma Jehová e Israel se unieron en un pacto condicional, y la bendición descansaba sobre la obediencia del pueblo, y los representantes de la nación fueron llamados a comer y beber en la presencia del Dios de Israel. Porque todo

es todavía reconciliación, la sangre del pacto estaba sobre ellos, y aun no se cometía transgresión. Era la visión del "*Dios de Israel*" la que ellos ahora tenían. Ellos podían estar sin daño y sin temor. No había peligro de mirar aquí, como lo ha habido cuando los diez mandamientos fueron entregados (Éx.19:21). Esto sólo puede durar un breve momento, pero es un ejemplo de ese día cuando el Dios de Jesurún será conocido como cabalgando sobre los cielos para ayudar a Israel, y en Su excelencia sobre los cielos (Dt.33); cuando se verá al Rey en Su belleza, cuando Sion será una quieta habitación, una ciudad de solemnidades, y el glorioso Jehová estará allí, Legislador, Juez, y Rey (Isa.33). La gloria no los atemorizará, la mano de tal no será pesada sobre ellos. Allí Él estaba en todo Su honor, y ellos podían comer y beber ante Él (Éx.24).

De este modo el pacto en el cual ahora la nación permanecía es establecido, las partes se comprometen, y todo es garantizado y concluido. Moisés es después llamado a otra posición. Y esto es hecho también con debida solemnidad. Su ministro, Josué, le acompaña hasta cierta etapa, pero él sube al monte donde estaba Jehová. La gloria estaba todavía allí, como fuego devorador a los ojos de los hijos de Israel, pero la nube lo cubrió por seis días. Entonces al séptimo (expresivo, puede ser, del descanso en el cual ahora Moisés debía ser conducido, más allá de todo el terror del monte de fuego), la voz de Jehová saliendo de la nube lo llama, y Moisés sube en medio de ella, al monte. Hasta aquí él ha estado ya sea sobre un nivel con el pueblo, mientras los diez mandamientos, la ley moral, era entregada, o un poco separado de ellos como el mediador de la nación, mientras los estatutos del reino eran publicados. Pero ahora él entra en nuevas intimidades con Jehová. Él es llamado a la cima del monte, más allá de las regiones de oscuridad y de los truenos. Los cabezas y líderes de la nación son dejados en el campamento, la visión del Dios de Israel es desplegada arriba, y él es llamado desde el centro de la nube, donde Jehová estaba morando y brillando.

Pero él no está mucho allí antes de que comprendamos los secretos de ese santo lugar, y cómo él llegó hasta allí, y cual era esa virtud que lo capacitaba como a pasar, todo ese fuego devorador sin ser consumido; él está allí en compañía de Cristo, ese es el secreto. Las sombras de las buenas cosas a venir pasan delante de él allí, y una por una éstas hablan de la gloriosa verdad —que Dios puede ser un Dios justo, y aun así un Dios Salvador— que Él puede conducir a un pecador en seguridad al monte de fuego, sin que siquiera el olor del fuego quedase sobre él. Porque Cristo es el fin de la ley para todo aquel que cree. Las justas demandas de Dios son todas respondidas en la Persona y obediencia del Señor Jesús. El altar de bronce, con todo lo que intervenía desde él hasta el mismo propiciatorio en el lugar santísimo, es mostrado, aquí a Moisés. Todo pasa ante él. Y el ministro del santuario, en sus vestiduras místicas, también le es mostrado. De este modo él ve que Cristo es Su plenitud, y aprendiendo esto, comprende como él puede estar en tal pacifica comunión con Dios sobre la cima del monte de fuego; él lo veía en esa misericordia que podía regocijarse contra el juicio; esa provisión fue hecha en Él, y por Él, para liberar del pecado, para

magnificar la ley, y la aceptación del pecador, y para permitir el pleno fluir de la ilimitada y pura bondad para salvarnos y bendecirnos (Éx.25-31).

Todo esto, sin embargo, fue sólo para Moisés. El pueblo todavía veía el monte como un monte de fuego devorador (Éx.24:17). Y ellos rápidamente se mostraron a sí mismos como adecuado material para tal fuego, como vasos adecuados para la destrucción, incurriendo en la venganza de ese santo lugar, por rechazar la misma primera voz que había salido de allí. Porque en lugar de no tener otros dioses que Jehová, quien los había sacado de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud, ellos tomaron un becerro de oro, que sus propias manos habían hecho, para ser su dios. Esto era una completa perdida de toda bendición bajo ese pacto; y en señal de eso, Moisés, al descender del monte, rompe las dos tablas de la ley, y jamás las puso en manos de ellos para que las guardasen (Éx.32).

Éste fue un gran momento para la manifestación de lo que era el hombre. ¡Cuán diferente fue el camino del Dios de Abraham, Isaac, y Jacob; del Dios de gracia y salvación que moraba en la zarza! Él los había guiado en completa seguridad fuera de Egipto, del lugar de esclavitud. Ni siquiera un perro había ladrado contra ellos, ni una uña fue dejada atrás, ni una sola persona débil estaba entre sus tribus; todos guarnecidos habían salido; y Él nunca los dejó, como hemos visto recientemente, nunca los abandonó a través de un seco desierto, hasta que los hubo plantado en el gozo y gloria del "*monte de Dios*". Pero ellos entonces confiaban en sí mismos y siguieron su propio camino; y todo ahora ha terminado en desastre y ruina, las mismas promesas de su pacto, el fundamento de su confianza ha sido hecho pedazos. Esto fue realmente triste y vergonzoso. Pero mientras nosotros debemos notar su pecado, somos también llamados a ver su arrepentimiento. Ellos se lamentan al escuchar la palabra e ira de Jehová. Ellos se quitan sus adornos. Salen del campamento, como estando conscientes de que el lugar de pecadores convencidos o de leprosos inmundos les convenía. Ellos observan los caminos del mediador, y adoran. Y, ¿No puedo añadir, que ellos se sienten incapaces de estar ante esa brillante luz de justicia, de modo que Moisés debió velar su rostro? (Éx.33-34).

Todo esto fue arrepentimiento, la conducta de un pecador convencido de pecado, de pecadores que se condenan a sí mismos. Y mientras ellos están en esta actitud, Jehová está preparando algo benditamente conveniente para ellos. Él da a conocer Su secreto. Moisés les entrega el modelo de las cosas celestiales. Y todo lo que ellos tienen que hacer para su pleno confort es seguir por fe este despliegue de los consejos de Dios concernientes a ellos. Ellos sólo tienen que hacer de acuerdo con el modelo, y pronto leerán su título a una pura bendición. Justo como Noé, él sólo tuvo que edificar un arca conforme al mandato de Dios, y pronto estaría edificando algo para su propia seguridad. La obediencia era su bendición. Y así es aquí. Ellos sólo tienen que presentar la obediencia de la fe al dar las formas y sustancia a los modelos como lo mandó Moisés, y entonces verán

en el santuario un refugio y un alivio para pecadores culpables destruidos por los truenos de Sinaí, como eran ahora ellos.

Y así hicieron. De forma bendita ellos son aquí vistos presentando la obediencia de fe y de una mente cambiada. Ellos hacen todo lo necesario para la construcción del tabernáculo, como lo mandó Moisés, y esto con corazones voluntariosos, de manera que Moisés tuvo que restringir su celo y devoción. Y con esta disposición, no hubo terquedad, porque ellos estaban cuidadosamente siguiendo los modelos en todas las cosas para que todo pudiese ser de acuerdo con el propósito de Dios, aunque hechos voluntariamente por ellos.

Todo esto era una nueva prueba de arrepentimiento. No conozco que en algún período de su historia los veamos en una condición de alma más sana, y feliz como ahora mientras hacen el tabernáculo. Los materiales son suplidos por ofrendas voluntarias del pueblo, y el medio siclo de plata que ellos han pagado como dinero de expiación. Estos materiales fueron entonces formados por obreros divinamente capacitados, de acuerdo con los modelos divinamente exhibidos. Y cuando todo fue terminado, ellos los trajeron a Moisés; y Moisés sólo ha tenido que decir, que esto era muy bueno, todo conforme a Dios, y los bendijo. Antes ellos habían segado el juicio (Éx.32:28), pero ahora la bendición (Éx.39:43). Entonces, después que todo fue terminado para el santuario en esta obediencia de fe, el mediador presenta todo en debida forma a Dios, como compactado, y adecuadamente hecho, entonces Jehová tenía sólo que coronar y vivificar todo esto por medio de Su presencia. La nube descansó sobre el tabernáculo, y la gloria entró en éste (Éx.35-40).

Y otro fruto de arrepentimiento continúa siendo producido, mientras ellos permanecen alrededor del "*monte de Dios*". De este modo su esperar en la consagración de Aarón (Lv.8-9), su limpiarse a sí mismos del blasfemo (Lv.24), su dedicación del altar (Núm.7), su entrega a sus hermanos, los levitas, al servicio de la casa de Dios (Lv.8), su celebrar la pascua (Lv.9), y finalmente, su dejar el monte en santo orden, la luz y aprobación de Jehová descansando plenamente sobre ellos (Lv.10): todo esto evidencia su estado de fe y obediencia. Y no hay trasgresión pública cometida desde el día del becerro de oro hasta que ellos dejan Horeb. Ellos mantienen su lugar y obediencia a través de todo, y finalmente se mueven hacia la tierra prometida bajo la desplegada bandera de Jehová el Dios de Israel

De esta forma es que realmente Jehová los encuentra ahora, no como siervos obedientes, sino como pecadores perdonados. Como deudores a la obediencia bajo el monte de fuego, ellos no permanecen por un momento, pero en Su propia gracia Jehová provee un santuario de salvación para ellos, y ellos se regocijan como pecadores perdonados, deudores a la misericordia. ¡Y cuán verdaderamente bendita es esta nueva posición! Ellos entran en la visión de cosas completamente diferente al fuego sobre el monte. La forma de algo que Moisés mismo había visto, en regiones más elevadas que aquella de los relámpagos y truenos, ahora llenan también su visión. Ellos ahora entran en su

secreto. Si él entonces estaba en paz más allá del alcance y terror de la ley, del mismo modo pueden ahora ellos experimentar esto. Cristo en Su plenitud y gracia, y no la ley en sus juicios, estaba aquí. Aquí se les mostró un altar que podía atraer el fuego del monte, y consumirse sobre la víctima que estaba allí, y no sobre el pueblo alrededor. Aquí estaba la provisión de Dios mismo por todo el daño que el hombre había producido, y toda la penalidad en la cual él había incurrido. La misericordia era allí escuchada como regocijándose contra el juicio.

Esto es lo que "*el monte de Dios*" nos dice ahora, y nos habla de Dios mismo y de Sus designios, y nos muestra nuevamente Su derecho a ser honrado con tal nombre. Aquí Dios se ha mostrado primeramente en la zarza que ardía y no se consumía y posteriormente en truenos y relámpagos, que nos hablan de la terrible justicia, pero después Él se ha mostrado a Sí mismo en el tabernáculo levantado a los pies de aquel monte, que nos habla de Su provisión en el Señor Jesús para permitir que la misericordia se regocijara sobre el juicio. Y de este modo Él todavía es declarado aquí. Su nombre aún está escrito sobre este santo monte, el nombre del Dios justo, y aun así, del Dios Salvador. Las tablas del testimonio, como encontramos aquí (Dt.10:1-5) son ahora depositadas en el arca, es decir, magnificadas y honradas en la persona del Señor del templo, mientras los pecadores que vienen para adorar sólo ven la provisión para sus pecados en el variado mobiliario del santuario. Y si los pecadores ahora (como las tribus podían haber leído sus nombres sobre el pectoral del sumo sacerdote) por fe sólo se verán a sí mismos llevados sobre el corazón del Señor Jesús ante Dios, ellos al mismo tiempo pueden conocer, como una plena respuesta a sus conciencias, que la ley está allí ante ellos. Como Él dice, "*la ley está dentro de mi corazón*". De manera que la bendición y salvación de los pecadores es guardada en la más cercana intimidad y compañía con la más plena alabanza y honor de Dios en justicia. El pecador es llevado sobre ese corazón en el cual la ley de Dios ha sido guardada y atesorada. Estos relatos de la gracia redentora, que son narrados aquí en este monte místico, son realmente sorprendentes, amados. La gloria ahora cambia su lugar. Ésta se ha sentado, como hemos visto, como fuego devorador sobre la cima del monte (Éx.24:17), pero ahora desciende para llenar el tabernáculo a los pies de éste. Si un pobre y tembloroso pecador ahora toca la orilla de éste, será sano.

Y bien podemos conocer la prontitud con la cual la gloria de esta forma cambia su lugar. Fue su propia delicia hacerlo así. Como dice nuestro himno, "*Es Su gran delicia bendecirnos— ¡oh, como Él ama!*". Dejar el monte ardiendo, y sentarse en el santuario, dejar el lugar de juicio atrás, y llenar el lugar de gracia, ¡Éste era un feliz camino! Como después, cuando la gloria vino a ocupar la casa que Salomón había edificado para ella, ésta tomó su trono allí con plena complacencia. "*Levántate y entra al lugar de tu descanso*", dijo Salomón. "*Éste es mi descanso para siempre, aquí moraré, porque he deseado esto*", respondió Jehová. Éste era el buen placer, el deseo de la gloria, llenar el lugar. Y así cuando ésta desciende (como vemos aquí, y también en 2ª Crón.5), ésta se extiende a sí misma, si puedo decir así, como si sintiese que es Su hogar. El lugar santo y el

santísimo son llenos, y la gloria aún llena el atrio, de modo que tampoco ahora Moisés, ni el sacerdote, podían ministrar.

Pero qué confort es para el pobre pecador, que Dios se deleite en tomar estos caminos que de este modo lo introducen en gracia en medio de Su pueblo y con bendición. Ellos no son extraños ni se sienten inquietos ante Él. ¿Y qué tenemos que hacer los pecadores, sino dejar que Dios tome Su propio camino de gracia con nosotros? Es verdad que tenemos, como Israel, nuestros becerros de oro, y que hemos perdido todo derecho a la bendición. Pero también es verdad que Dios ha extendido ante nosotros Su santuario de oro, provisto con sus altares, su lavador, y su propiciatorio, para hablarnos de Su abundante gracia, y de la victoria de Cristo a favor de pecadores. Aprendo la salvación del Señor Jesús de esa misma palabra que me dice que me he destruido a mí mismo. Y no hay una sola cosa en el santuario de Dios que no hable de la misericordia a través del Señor Jesús. Ni traza, ni voz, de juicio o muerte, existe allí. Y tenemos que alzar nuestras voces, como Israel, a la puerta de este santuario (Lv.9:24). Y esto es fe. El amor puede introducir después servicios para dar testimonio de obediencia, pero la fe siempre primero habla a Dios de Su bondad. La gloria ha tomado su camino desde la ardiente cima del monte hasta el propiciatorio en el santuario, y sólo tenemos que seguirla con fe —seguirla tan simplemente como ella se ha movido voluntariamente, y de este modo encontrar a nuestro Dios, no en el fuego del juicio, sino en las moradas de amor y paz.

Esto es lo que encontramos en estos capítulos, y de este modo leemos, aunque en otras líneas, el derecho de este monte a ser llamado "*el monte de Dios*". Porque aquí Dios está de este modo revelándose a Sí mismo. La gracia y la gloria han pasado ante nosotros sobre este monte en los capítulos anteriores, como hemos visto —la gracia en la zarza que ardía sin consumirse, y la gloria en la asamblea de extranjeros e Israel. El juicio y la misericordia se regocijan sobre esto, y a su vez han pasado también ante nosotros en el mismo lugar —juicio en el fuego en la cima del monte, misericordia en el tabernáculo a los pies de aquel. Y de este modo Dios, de estas formas y en este lugar, se da a conocer a nosotros, ya que Horeb es realmente "*el monte de Dios*".

De esta forma he examinado este santo monte. Pero no puedo dejar este tema sin otra pequeña meditación a los pies de éste.

Todo lo que hemos visto es revelación de Dios. Este monte es el lugar donde Dios se ha mostrado a Sí mismo. Nuestra obediencia frente a la revelación es nuestra fe. Si Dios se revela a Sí mismo, la fe es la obediente respuesta del hombre. Y sobre la fe deseo decir unas pocas palabras.

Hay un peculiar y excelente carácter en la fe, y esto no debe sorprendernos ya que la Escritura habla mucho de ello. Ésta sobre todo glorifica a Dios, porque ella cuenta con Dios y le permite hacer a Él lo que quiere —"*El que viene a Dios debe creer que Él es*". Adán debió haber sido un creyente, porque Dios para él fue un Revelador. Dios se reveló a él en una advertencia, y Adán debiese haber tenido

fe. Pero Adán falló en eso, y a través de la incredulidad, o hacer de Dios un mentiroso, él pecó y cayó.

Ahora, de igual manera, somos llamados a tener fe en Dios, porque Dios se ha revelado también a nosotros —en otra forma, es verdad. Pero, aun así, Dios es todavía uno que se revela a Sí mismo a pecadores ahora, y nosotros debemos rendirle la obediencia de la fe. Y "*sin fe es imposible agradar a Dios*". Justo como con Adán: todo su gozo en el huerto fue como adoración. Si Adán se deleitaba en el sabor de sus frutos, en el olor de sus flores, o en el cántico de las aves allí, todo podía ser contado como adoración. Pero Adán debiese haber también creído, y su fe habría sido el más elevado acto de adoración. Porque el corazón debiese haber rendido su servicio a Dios por la fe o confianza en Su palabra, mientras el ojo, el oído y los otros sentidos se habrían ejercitado en el huerto de Dios como en los lugares santos del templo.

De esta forma Adán fue llamado a la fe, y la fe habría sido su mejor servicio y adoración. El pecado habiendo entrado no cambia esto. La fe aún rinde el mejor servicio, y cumple los más elevados actos de adoración. Sólo que nosotros pecadores tenemos otros objetos propuestos a la fe que los que tuvo Adán inocente; y necesariamente así, una amenaza de muerte fue revelada a él, pero a nosotros no sólo vida, sino también unión con el Cristo de Dios, y todo su consiguiente gloria y gozo. Nuestras circunstancias dan la oportunidad de ofrecer a Dios un más amplio servicio y adoración, a través de la fe, que el que Adán podía ofrecer. Si la fe da a Dios Su más elevada gloria de parte de la criatura, nosotros, por nuestras circunstancias como pecadores, estamos siendo llamados a un mayor ejercicio de fe, y tenemos competencia para ofrecer una más elevada adoración. Hay más, mucho más, en nuestra condición que la que hubo en Adán, para el ejercicio de la fe. El pecado y sus necesidades y aflicciones han inducido esto. Este mundo es el mismo lugar para el más amplio ejercicio posible de la fe en el bendito Dios; y si realmente deseamos alabar a Dios, debiésemos regocijarnos en las oportunidades que tenemos de darle la adoración y el honor de la fe.

Y así fue el Señor Jesús en este mundo. Sin pecado, Él fue hecho pecado. Él vino a este mundo de pecadores. ¿Y cómo se condujo aquí? "*En Ti, confiaré*", dice Él. A través de todo Él estaba ofreciendo a Dios la obediencia y adoración de la fe, Él confiaba en Dios, creía y estaba confiado. Nada debilitaba o perturbaba Su aferrarse por fe al Dios vivo. Él se había cogido de Dios, y nada aflojaba Su mano. Con todo en contra de Él, confiaba en Dios. Esto era glorificar a Dios más allá de toda gloria que Dios alguna vez había recibido. La vida de fe que el hombre Cristo Jesús llevó en este mundo fue una constante adoración y del orden más elevado. Los ángeles nunca podrían haber glorificado a Dios de esta forma, u ofrecido tal adoración. Pero esa fue adoración y alabanza realmente la que fue presentada por la fe de este «maravilloso Hombre», en escenas que nuestro mundo caído sólo podía presentar. Porque, "*la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*". Ésta trata con tales cosas, aunque no sean visibles, y son

nuestras circunstancias en este mundo que admiten esto abundantemente. Adán tenía las cosas presentes a las cuales él podía entregarse, y a través del gozo con el cual podía glorificar a Dios, y sólo una advertencia o amenaza revelada a su fe. Los ángeles, también, tienen sus plenas y visibles delicias. Pero los santos están en un mundo donde todo lo que es presente está más o menos alejado de Dios, y contra Él, de manera que él debe separarse de aquellas por fe hacia las cosas que se esperan y son por ahora invisibles. Esto hace necesario la fe en sus más variados y constantes ejercicios, y esto hace al santo un adorador competente de Dios en el orden más elevado de adoración. Y el Señor Jesús valoró esta oportunidad de adorar de este modo a Dios, porque Él amaba a Dios perfectamente. Él esperaba en tal templo continuamente. Pero nosotros (¡Con aflicción podemos aprender a decir esto!) necesitamos un corazón que valore a Dios y Su alabanza.

Pero mientras de este modo contemplamos el principio de fe, entristecidos de conocer esto tan pobremente, también podemos observar el objeto de la fe, y allí encontrar abundantes causas de gozo. Porque Dios es bueno, inexpresablemente bueno. Él se deleita en la misericordia, y conforme a eso la revela a nuestros corazones, o aquello que Él propone como el gran objeto de la fe en este mundo caído, es salvación. Él ofrece esto a nuestra fe, para que nuestros corazones puedan enseguida regocijarse ante Él. El apóstol dice, "*Tenemos un altar, del cual no tienen derecho de comer los que sirven al tabernáculo*": un fuerte testimonio de la salvación de Dios, u objeto de la fe del pecador. Los siervos o adoradores en el tabernáculo no habían sido perfeccionados en sus conciencias. El mismo lugar daba testimonio que el camino a Dios no había sido entonces manifestado, y los sacrificios, con los cuales trataban continuamente los adoradores, mantenían en recuerdo continuamente sus pecados (Heb.9:10). Porque tales sacrificios no podían quitar el pecado. No había tal sangre en ellos para efectuar esto, y ésta se aplicaba una y otra vez. Pero el santo ahora tiene una conciencia purificada, porque sobre su altar él ve la sangre que ha obtenido eterna redención. Su altar da testimonio de remisión, y no recuerda más los pecados.

Ésta es la poderosa distancia entre ellos. Esto mantiene a los adoradores en el tabernáculo y a los relacionados con el altar del Nuevo Testamento, como el apóstol nos dice, separados. Aquellos no pueden estar en compañía de los otros. Para comprender la virtud de este altar es necesario dejar el tabernáculo. Seguridad de corazón en la remisión de pecados, o una conciencia purificada, es el debido atributo de quien espera en uno, y constante sentido de pecado es la debida condición de aquel que sirve o adora (Heb.13:10) en el otro. Y esto siendo así, ¿Qué ofrenda es aquella que el adorador lleva al altar? Habiendo comprendido la virtud de la sangre allí, ¿Qué sacrificio puede él ofrecer? Entonces viene la respuesta, "*Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre*" (v.15). La alabanza es el debido fruto de un corazón que ha aprendido la salvación, o el valor del altar —no ruego, sino alabanza. Un pecador no tiene ruegos que hacer,

sino una alabanza que ofrecer. Un santo es verdad tiene muchos ruegos y oraciones; necesidades diarias y desvíos lo guían en ese camino, pero un pecador en oración niega el valor del altar. La alabanza sigue a la salvación, y es como Dios Salvador que nuestro altar revela a Dios a la fe.

¿Y qué tiene que hacer la fe sino permitir que el bendito Dios tome Su propio camino, y se muestre en Su bondad y gloria? El corazón que cree está silencioso ante Él mientras pasa. Él se complace en ese altar que Él mismo ha levantado y revelado para proveer a las necesidades del pecador; ¿Y quiénes somos nosotros para detener Su mano o estrechar la manifestación de Sus ricas misericordias? Que Él haga como quiere: Él es Dios. Si el evangelio propone a los pecadores verle en el ejercicio de Su inexpresable bondad, el deber del pecador es contemplarlo a Él; éste es el camino de la fe, no hacer nada más. La fe de este modo en el impuro Josué permitió el cambio de vestiduras sin una sola pregunta; él jamás rompió el silencio, sino que aceptó la bendición y la gloria (Zac.3). La fe en la convencida adúltera estuvo silenciosa mientras el Señor Jesús pasaba delante de ella con una pequeña voz, o un silbo apacible, escribiendo el memorial de su vergüenza sobre un piso arenoso, que la brisa borraría para siempre (Jn.8). La fe en el campamento de Israel, como hemos visto ahora, después que ellos habían pecado perdiendo así todas sus bendiciones a causa del becerro de oro, siguió los mismos modelos que son, uno tras otro, despliegues de la promesa de salvación por parte de Dios en el santuario de oro (Éx.35-40). Todo esto fue fe, que siempre permite que Dios siga Su propio camino, tomando Sus propias benditas revelaciones de Sí mismo sin una sola cuestión, y que de este modo lo honra, sobre todo, permitiéndole que Él tenga el derecho para bendecir aun a pecadores si así Él lo quiere, y a nosotros mismos como a otros pecadores.

Y ésta era la voz de la cesta con las primicias (ver Dt.26) la nación habiendo sido establecida en la tierra, ellos debían llenar una cesta con los variados frutos de ella, y ofrecerlos ante el altar de Dios, reconociendo al mismo tiempo que todas Sus promesas han sido cumplidas, y que Él ha consumado toda la bondad y misericordia de las cuales les había hablado, de lo que esta cesta mística era ahora un testigo y ejemplo. Y después ellos debían regocijarse ante Jehová su Dios, la nación simplemente de este modo debía reconocer todo lo que Dios había hecho, y todo lo que Él ha sido para ellos, pobres sirios pereciendo, podían realmente regocijarse en Él.

Y éste es el justo modelo de la fe de un moribundo pecador, sea este sirio, griego, o judío. Tenemos que poner nuestras cestas ante Dios, esto es fe. La conciencia puede confesar los pecados que ha cometido; el amor puede ofrecer servicios y obediencia: pero la fe expresa lo que Dios es, y lo que Él ha hecho, en ricos y variados testimonios. Libertad de conciencia, gozo en Dios, seguridad y descanso de corazón, esperanza, amplitud de deseos, con otros ejercicios convenientes a un alma conscientemente llevada a Dios, estos debiesen ser los santos frutos para llenar nuestras cestas ante Dios. Afecciones, tales como nuestro altar bien pueden despertar, debiesen llenar y rebalsar el corazón,

afecciones que han venido a ser en pecadores perdonados, el debido fruto de esa tierra a la cual el Salvador nos lleva. Éste es nuestro "*primer amor*", nuestra cesta de primicias. Efeso perdió esto, el fruto en la cesta se ha secado. Porque, aunque otros sacrificios debían ser llevados a la casa de Dios, esta primera ofrenda debía siempre existir en su frescura. La fe siempre se regocija en lo que Dios ha hecho, y de este modo es que el primer amor puede ser siempre joven y brillante.

Pero éste está lejos de ser el camino del corazón del hombre natural. Su pensamiento no es de este orden, él se aferra a la ley. La gracia es un pensamiento demasiado grande y generoso para él. Obras, antes que fe, es el principio que lo domina. Y esto establece una separación entre sus pensamientos y los de Dios. Y este principio en el hombre se muestra a veces aun en los más escogidos de los siervos de Dios. Porque éste es de la carne, que está en todos nosotros. Observe a David en 1a Crón.17; él pensaba hacer algo para Dios, pero en aquello él lo perjudicaba; no pensaba que fuese así, pero lo era, porque él estaba ofendiendo el amor de Dios. ¿Por qué David estará delante de Dios en bondad? ¿Será él mejor que Dios? ¿Pensaba David edificarle una casa a Dios antes de que Dios le edificase una a él? Eso no debe ser, Dios será Dios en Su amor como en todo. Él será mayor como también más grande que nosotros. Por tanto, esa misma noche, como si Él no pudiese descansar bajo tal cosa, Dios dijo a Natán que fuese y detuviese este propósito del corazón de David. El amor de Dios había sido ofendido por esto. Dios quería edificarle primero una casa a él, y después David o su hijo (en este sentido, él mismo) podría edificarle cada a Jehová. Y cuando David escuchó esto a través de Natán, todo el temple y corriente de su alma cambió; él enseguida se sentó ante Jehová como uno que recibe, y no actúa para Jehová como uno que da, él no habla más de edificar una casa para Jehová, sino que se regocija ante el pensamiento de que Jehová le edificaría una casa para él. Deja el lugar de Marta, para tomar el más excelente lugar de María (Lc.10:38).

Y esto es nuevamente fe —la fe que siempre permite a Dios seguir Su propio camino y mostrarse a Sí mismo. ¿Qué derecho tiene el hombre para detener o estorbar el camino de Dios? ¿Dirá él a Dios, cuando Él se levanta para abrir las fuentes del río de vida, "*hasta aquí llegarás, y no irás más lejos*"? Si la bondad quiere glorificarse a sí misma, ¿Se atreverá la incredulidad a oscurecerla? ¿Quién cerrará la mano del Señor de la viña, si Él quiere dar abundantemente? Si ellos hablan de ley, ¿No es lícito para Él hacer lo que quiera con lo Suyo propio? Dios es también Señor del pozo de la vida, ¿Y no puede Él, si lo quiere, regar con aquellas aguas las tierras más secas? Él posee las mismas fuentes; por tanto, Sus derechos como dueño deben ser probados y pesados aún en las balanzas de la ley, y se encontrará que es lícito usarlas como Él quiere —Él tiene derecho para bendecir a pecadores si Él quiere.

La fe simplemente le reconoce Sus derechos, y permite que Dios lícitamente actúe en gracia hacia nosotros, como también a otros pecadores como nosotros

mismos. Porque el menor es bendecido por el mayor; y Dios demanda justamente para Sí el lugar de mayor, y la fe le reconoce estas demandas, y recibe de Él la bendición, aun la más rica bendición, la bendición de la salvación, vida y gloria eterna.

De este modo la fe que principalmente glorifica a Dios, porque lo pone en el lugar «mayor». La fe recibe de Él, y de este modo lo honra poniéndolo en el lugar más santo que Él en gracia ocupa por nosotros. En un pecador andando ante Él, en la sencilla libertad y confianza de la fe, Dios es especialmente honrado. Porque "*Dios es amor*", y para glorificarlo como tal, uno debe ser libre y feliz en Él. El amor no puede ser satisfecho por algo menor que esto. Por supuesto, el amor sabe cómo "*confortar al humilde*"; y donde existe aún una pequeña fe, ésta pueda apoyar al débil. Pero aun así nuestro gozo en Él es Su voluntad, y aun Sus mandamientos. El pan de afligidos no debe comerse en el santuario, esto habría manchado la presencia de Dios, como la ofrenda de un corazón inmundo también lo habría hecho. Porque si la santidad conviene a la casa de Dios, también es así con la libertad y el gozo. Y es la fe la que introduce en esta libertad y gozo, porque comprende el valor del altar del cual he estado hablando; comprende también a Dios comprometido hacia el pecador en un amor que es perfecto, de manera a no tener nada inconsistente en el alma, como pan de afligidos. Éste echa fuera todo temor, y llena el templo dentro con su propio, claro, libre y refrescante elemento.

¡Entonces, pueda nuestra fe, amados, crecer! ¡Podamos conocer el descanso de corazón, el silencio de la conciencia, el triunfo de la esperanza, y el cántico de alabanza en el espíritu, más y más! La revelación que nuestro Dios nos ha hecho de Sí mismo es una cosa preciosa y bendita, que es sólo tal fe la que puede honrarlo debidamente. Que en conexión con nuestro tema estemos, amados, más en armonía con el espíritu de aquellas dulces palabras que a veces juntos cantamos:

"Mira hacia ese lugar celestial,
Más allá de los límites del tiempo y espacio
A la segura morada de los santos:
Levantándote sobre las fuertes alas de águilas,
Y fuerza tu entrada a los cielos,
Y escala el monte de Dios"

J. G. Bellett

DESDE ASDOD A BET-SEMES

El cuidado de Dios por Su propio honor

(1ª Samuel 5-6)

El mundo por su desconocimiento del verdadero Dios sólo conoce un camino de independencia y descuido por Su santidad; pero viene a estar cerca y preocupado por las apariencias cuando la angustia aparece. Mas, este mismo mal puede ser visto en la vida del creyente. A menudo no queremos estar muy cerca, porque sentimos la santidad de Su presencia que estorba nuestros propios caminos; tampoco queremos estar lejos, porque conocemos los peligros y necesitamos de Su ayuda.

¿En dónde nos encontramos nosotros? ¿Tan cerca como para acudir cuando tenemos problemas y tan lejos para mantener nuestra propia independencia?

Así no entendemos nunca, nuestra necesidad de ser disciplinados por Él.

"*Cuando los filisteos capturaron el arca de Dios, la llevaron desde Eben-ezer a Asdod. Y tomaron el arca de Dios, y la metieron en la casa de Dagón, y la pusieron junto a Dagón".*

El arca ha sido removida de Silo y llevada en cautividad por los Filisteos, Dios mostrará ahora a Sus mismos captores que Su poder y majestad es inmutable. Nunca necesitamos asustarnos de que Dios pueda fallar en vindicar sea Su santidad o poder. Nuestro único temor debe ser no estar en ese estado en el cual podemos ser vasos de Su testimonio para Él.

Tenga en cuenta que todo Su interés es transferido de Israel a la tierra de los Filisteos. Dondequiera que la presencia de Dios está, ésta debe ser el verdadero centro de interés. Tampoco esto significa que Dios ha abandonado permanentemente a Israel o dejado de amarlos. No, todo lo que ahora está ocurriendo en la distante tierra no es sino una doble separación para el mantenimiento de Su santidad y gracia hacia un pueblo arrepentido.

Los Filisteos han visto esta captura del arca no sólo como una victoria sobre Israel, sino también sobre el Dios de Israel. Ellos atribuyen ambas cosas a su dios, Dagón, y en reconocimiento a este triunfo sobre el Dios de Israel, ellos ponen el arca en el templo de Dagón. Ésta es ahora ya no una cuestión entre Dios e Israel, o entre Dios y los Filisteos, sino entre el verdadero Dios y el falso dios en parte hombre y en parte pez, ya que el hombre pervertido y en corrupta ingenuidad se deleita en describir al dios de su propia hechura. Este dios es grandemente inferior al hombre, siendo en gran parte un pez, con cabeza y manos de inteligencia y poder humano; y aun así el objeto de su temor y adoración. Tal es siempre el ídolo, en todas sus formas, realmente bajo a aquellos que lo forman.

Al principio, sin duda para imprimir más plenamente la lección, Dios simplemente hace que esta imagen se postre ante Él. ¡El pobre endurecido hombre lo levanta nuevamente! Pero la segunda vez, la ceguedad del pueblo no le permite comprender, Dagón cae y es cortado; él pierde todo lo que le había dado la apariencia de inteligencia y poder, y el tronco sin cabeza da testimonio de la vanidad de los ídolos, y de la majestad y poder de ese Dios a Quien ellos en su locura habían despreciado. Hubiese habido en ellos el mínimo deseo por la verdad, ¡Qué efectivo testimonio habría sido éste para los Filisteos, de la vanidad de Dagón y de la realidad del Dios vivo! ¡Ay! Sus endurecidos corazones ven poco en esto, y añaden honor a Dagón al no pisar el umbral, donde su cabeza y manos habían estado. Sin duda los sacerdotes pusieron su cabeza y manos nuevamente, y todo lo sucedido fue pronto olvidado. ¡Cuán desesperanzador es todo testimonio para quienes no desean conocer la verdad! Pero Dios es vindicado, y Su deseo es también libertar a los hombres de sus errores.

¡En cuántas formas Roma responde a toda esta persistencia e idolatría! Dagón, el dios-pez, nos sugiere la adoración del crecimiento o la multiplicación, por lo que este pez es destacable, y que forma una de las demandas de la iglesia católica romana. ¡No cuenta ella sus adherentes por millones! Tampoco podemos fallar en reconocer en nuestros corazones que la tendencia filistea es por la adoración de los números. ¿No es ésta la prueba de una obra? Cuantos siguen simplemente a la multitud, y miden todos los resultados espirituales por el número de aquellos que se identifican con el movimiento. Nuevamente una y otra vez Dios rompe en pedazos este falso dios, permitiendo la pérdida de manos y pies, de la inteligencia y el poder que una religión carnal quisiera deificar. Necesitamos dar caza a esto en nuestras almas. Meros números no son señal de la presencia de Dios o de Su aprobación, sea ésta una obra evangelista o algún testimonio para Dios. Su verdad debe ser siempre la prueba de Su palabra, como aplicada por Su Espíritu. Sin esto todo no es sino Dagón.

El juicio de Dios no está confinado a derribar a Dagón; Él tocará no solamente la idolatría del pueblo, sino también su prosperidad y vidas también. Como lo ha hecho previamente en Egipto donde no solamente derramó Sus plagas sobre el pueblo, sino también sobre sus fuentes de vida, así también hace aquí. Su mano es hecha sentir pesadamente sobre ellos y los hirió con tumores, una plaga similar, probablemente, a los furúnculos de Egipto y ahora a lo que es conocido como la peste bubónica, repulsiva y mortal en sus efectos. Él había dicho: "*contra todos los dioses de Egipto ejecutaré juicio*" (Éx.12), no exceptuando a dioses, ni al pueblo. Así hace en la tierra de los filisteos, no menos efectiva, aunque en una menor escala, deteniendo cada posible oportunidad para que la incredulidad pudiese levantar su cabeza otra vez.

¿No vemos misericordia en todo esto? Si solamente Dagón hubiese sido derribado, la incredulidad del pueblo y su lástima por su dios habría encontrado rápidamente alguna excusa que los habría capacitado para remendar su orgulloso dios herido y al mismo tiempo seguir con la idolatría antigua; pero si

el juicio afecta su prosperidad también, y si el pequeño ratón, despreciable e insignificante, puede aún desolar sus campos y privarlos del sustento de su vida, ellos son forzados a reconocer aquí una mano cuyo peso comienzan a sentir y bajo cuyo castigo no pueden escapar. Y cuando este golpe se acerca más y más; y éste es sentido en sus propios cuerpos, con la muerte, ciertamente ellos deben ser obligados a inclinarse y reconocer la vara. De este modo los juicios de Dios son designados, si hay el mínimo vestigio de sumisión a Él, el mínimo deseo de alejarse de su maldad, y abandonar el orgullo e incredulidad de sus corazones: éste es el efecto de todo castigo de aquellos que son propiamente ejercitados por ello. "*¿Qué hijo es aquel al cual su padre no castiga?*" El pueblo de Dios desde el comienzo ha conocido esta vara, y ¡Cuántos han tenido la oportunidad de bendecir a Dios infinitamente por derribar los ídolos que ellos habían levantado, la pérdida de bienes, salud, si aún de la vida misma! No podemos decir todos: "*Sé, Señor, que en fidelidad Tú me has afligido*", y añadir: "*es bueno que yo haya sido afligido, yo me extraviaba, pero ahora guardo tu palabra*". De este modo Dios no estaba solamente vindicando Su propio honor, ni estaba hablando en una manera incierta, sino en misericordia, a una nación impía entre la cual Él había permitido que Su gloria fuese llevada. ¡Qué oportunidad realmente para el arrepentimiento!; podríamos casi decir que era una necesidad para esto, y aún así, ¡Ay!, sin efecto; y que muestra cuán desesperada y permanentemente alejada de algún deseo hacia Él mismo eran los Filisteos, quienes, como las otras naciones expulsadas por Josué, habían llenado la medida de esa iniquidad que, en días de Abraham, Dios en Su paciencia había declarado que todavía no había llegado a su límite, y que sería a la vez una misericordia barrer de ese país.

Y si miramos al mundo a nuestro alrededor, bajo la bondad y severidad de Dios, recibiendo Sus bendiciones y experimentando el peso de Su mano en tratos providenciales, ¿No vemos cómo todo esto está calculado para guiar al hombre a pensar en Dios y el arrepentimiento? ¿No será éste un importante ítem en ese terrible relato al cual el mundo debe hacer frente un día? Esto es especialmente verdadero de la cristiandad, donde la luz de la revelación y el evangelio de la gracia de Dios de igual manera sirven para iluminar todo lo que es oscuro en Su providencia. Los hombres no tendrán una sola excusa, el mismo argumento que ellos presentan a veces, por uno que ha tenido mucho sufrimiento en esta vida deberá haber ciertamente algún alivio en la vida venidera, añadirá solemnidad al terrible destino. Si ellos han sufrido en esta vida pruebas, privaciones, duelo, enfermedad, ¿Qué efecto tendrá sobre ellos? ¿Les llevó todo esto a ver la vanidad de las cosas terrenales, la incertidumbre de la vida, el poder de Dios, y sobre todo su propia pecaminosidad ante Él? ¿Los impulso esto a Cristo, si ellos no han sido atraídos por el amor de Dios? ¡Qué terrible será esto para el mundo! ¡Ay de aquellos que ni los castigos de Su mano, ni Su amor y misericordia han tenido algún efecto!

Al menos, no obstante, Su propio honor y bondad son vindicados. Los hombres no podrán decir que Dios no hizo Su presencia manifestada. Ellos no podrán decir que el sol de la prosperidad brilló ininterrumpidamente de manera

que ellos nunca se vieron obligados a pensar en las cosas eternas. La copa de Dios está verdaderamente "llena de mezclas", y la misericordia y el juicio de igual manera vindican Sus caminos y muestran el profundo deseo de Su corazón, "*Quien quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad*". Tales lecciones, ciertamente, estamos autorizados a sacar de este juicio sobre los Filisteos, aunque indudablemente la principal lección fue para Su pueblo redimido. Introducirlos en un más profundo sentido de su propia infidelidad, y mostrar el poder y la santidad de Dios inmutable. ¿Qué israelita, al mirar atrás a la derrota de Ebenezer (cap.4:1), con el arca llevada lejos en triunfo por los Filisteos, y después ver a Dagón postrado y las plagas sobre los Filisteos, podía fallar en aprender la lección tan claramente enseñada? No debía él decir, "*Nuestro Dios es santo*", Él no dejará Su honor en manos impías de malos sacerdotes o de una nación impía. Pero aquello por lo cual no hemos sabido preocuparnos, Él lo mantiene todavía, Su propio honor, ¡Cuán tocante y sorprendente es pensar en el deseo de nuestro bendito Dios manifestado en todos los juicios sobre los Filisteos! Él mora en medio de las alabanzas de Su pueblo. Él no puede morar en medio de una tierra extraña. Su corazón está vuelto hacia ellos, aunque en fidelidad Él haya tenido que alejarse de ellos por un tiempo, y todo lo que sucedió en Filistea sólo mostró el amor divino que no puede estar en paz hasta que descanse nuevamente en el seno de Sus redimidos. ¡Qué amor vemos aquí! Oculto puede ser, pero ciertamente no para la fe. Él volverá a la tierra de donde ha sido expulsado por la infidelidad de Su pueblo, y no por el poder de Sus enemigos. Él se moverá para volver a ellos si realmente hay un corazón que lo espera, pero en ese divino balance de todos Sus atributos Su amor no debe exceder Su santidad. Ésta es la lección objetiva a los ojos de todos.

La naturaleza de estas plagas, no dudo, es típica aquí, como en circunstancias similares en Egipto. Los tumores nos sugieren la manifestación exterior de una corrupción que ha existido mucho tiempo dentro, y que necesitaba la oportunidad para desplegarse en toda su odiosa vileza. ¡Cuán solemnemente verdadero es que para recibir las cosas hechas en el cuerpo, habrá un real sentido de la esencia de la retribución!

"*Qué quede él solo*" es la más terrible sentencia que puede ser pronunciada contra alguno, y permitir al infierno que está encerrado en el corazón de cada hombre no salvado expresarse a sí mismo como en una terrible anticipación de ese destino eterno donde el conocimiento de uno mismo significa el conocimiento del pecado. Es verdad realmente que allí habrá el castigo de la ira también, pero ¿No será esto sentido como la siega de lo que se ha sembrado? "*El que es inmundo sea inmundo todavía*" Una permanencia de carácter solemne y un terrible pensamiento por haber escogido estar lejos de Dios. El mundo realiza poco esto, o lo olvida fácilmente, que bajo la cubierta exterior de una vida no peor que la de muchos, está oculta la posibilidad a cada pecado. Es del corazón que "provienen los malos pensamientos, los asesinatos, y las blasfemias", y todo lo demás.

De este modo Dios solamente estaba permitiendo que la maldad se

manifestase. Así también, es con los ratones, como hemos dicho, pequeños y despreciables en sí mismos; ¿Quién habría pensado que estos campos de trigo dorado, con sus abundantes graneros, podrían ser devorados por estas pequeñas cosas? Del mismo modo es hoy, en el mundo los hombres desprecian las insignificancias como ellos las llaman, que un día comerán toda la paz y felicidad de la vida. Socialismo, anarquía, varias formas de infidelidad, desobediencia a los padres, orgullo, propia suficiencia, estas cosas que son vistas con tolerancia, o, si caracterizadas justamente, como siendo excepcionales, que no hay peligro en ellas. Aun así, el libro de Apocalipsis traza todas estas cosas a la fuente de la iniquidad. La iniquidad es sólo la encarnación de ese ilegalismo que aún ahora está obrando en los hijos de incredulidad. Las terribles plagas registradas en el último libro de profecía no son sino el desarrollo del pequeño ratón, como podemos llamarle, que está ahora carcomiendo la vitalidad de la sociedad y del orden actual. Una vez que los poderes del mal son sueltos, la mano que restringe de Aquel que detiene (el Espíritu en la Iglesia), sea quitada, pronto sucederá que, a la venida del Señor, el mal causará estragos adecuadamente descritos como hambres y pestilencias que mostrarán lo que el mundo puede esperar cuando es dejado a sí mismo. ¡Quiera Dios que esto tenga una voz para éste en el día de Su paciencia!

Estos castigos espantan a los hombres de **Asdod**, donde el arca había sido primeramente llevada, y como los hombres en similares casos, ellos tratan de librarse de la causa, no por medio del arrepentimiento, sino por poner lejos a Dios. Si la carga sigue haciéndose pesada para una espalda, esta será transferida a otra. Y ésta no viene a ser intolerable de manera que ellos se postren ante el Dios de Israel; aún menos ésta tiene el efecto de llevarlos al sentido de su verdadera condición. Ellos se librarán de la turbación por librarse del arca, y de este modo ella es enviada a Gat y de Gat a Ekron, y así a través de las ciudades de Filistea.

La misma historia se repite en todo lugar. Los hombres no pueden librarse fácilmente de sus castigos, y eligen cambiar la carga impuesta a una conciencia inquieta que ciertamente no removerá el juicio. Este paso del arca de una ciudad a otra de los Filisteos es nuevamente un testimonio de la misericordia y de la santidad de Dios. Él tocará a la puerta de cada lugar, como lo hizo aún en Sodoma, antes que el juicio cayese definitivamente, para ver si había alguno que le temiese allí. Y como Él pasa de lugar en lugar, podemos bien creer que no hubo respuesta a esto salvo terror, pero no una vuelta a Él mismo. ¡Pero que triunfante procesión para esta arca! Aun cuando Pablo pasaba de una ciudad pagana a otra, donde el odio judío y gentil lo despreciaban y amontonaban reproches sobre él, podía a pesar de ello decir: "*Gracias a Dios quien nos lleva siempre en triunfo en Cristo*", sea que fuese apedreado en Listra, azotado en la prisión en Filipos, o objeto de burla en Corinto y Atenas, la fe puede ver el triunfo del testimonio de la gloria de Dios frente a este pueblo. Aún como nuestro Señor, cuando envió a Sus discípulos a través de las varias ciudades de Israel, viendo de antemano su rechazo en muchos lugares y diciéndoles que ellos debían sacudirse del mismo

polvo de sus pies de aquellas ciudades que no los habían recibido, añade: "*no obstante estad seguros de que el reino de Dios se ha acercado*". Del mismo modo aquí, el arca de Dios hace su majestuoso progreso de ciudad en ciudad por el juicio que Él ejecuta. Al final, la desesperación impulsa a los señores de los Filisteos a consultar entre ellos, en esto deciden que lo que ellos pensaban, era una victoria sobre Jehová no era sino una derrota de sí mismos, una victoria demasiado cara para poder seguir soportándola, y toman el camino del mundo (¡Ay! el único camino que el mundo siempre tomará) para encontrar alivio. Ellos se librarán de Dios, como los hombres de Decápolis suplicaron a nuestro Señor que se alejara de sus costas, aunque delante de sus propios ojos estaba el testigo de Su amor y poder para liberar al pobre endemoniado. Si, el mundo tratará siempre de librarse de Dios. Esto puede aparentemente tener éxito por un tiempo, hasta el día final.

Ellos deciden devolver el arca a la tierra de Israel: "*Enviad el arca del Dios de Israel para que vuelva a su propio lugar, para que no nos mate y a nuestro pueblo; porque allí había una mortal destrucción a través de toda la ciudad; ya que la mano de Dios se hacía muy pesada allí. Y el arca del Señor estuvo en el país de los filisteos* ***siete meses***".

Un ciclo completo de tiempo, que da testimonio perfecto de que Dios aborrece la conducta de Su pueblo, por una parte; y por la otra, expresa la absoluta impotencia de la idolatría para resistirle a Él. Siete es un número demasiado familiar para necesitar alguna explicación, su ocurrencia, sin embargo, en conexión con la separación de Dios de Su pueblo y de los castigos, es significativo y necesita ser mencionado. Un vistazo a las páginas de Daniel y Apocalipsis harán esto claro. ¿No es significativo, también, que el día de expiación tenía lugar el séptimo mes, el tiempo de la humillación nacional y cuya vuelta a Dios marcaba el comienzo de la bendición? Una fecha, de hecho, tomando como el comienzo del año, el de la redención en la pascua en el primer mes. Debemos entrar en la redención, y las humillantes verdades del pecado y alejamiento de Dios de parte de los Suyos, antes que pueda haber un verdadero comienzo de ese gran año que llamamos Milenio.

Determinados, si era posible, a librarse de estas plagas y de Aquel que las había impuesto, los filisteos buscan el mejor camino para devolver el arca a su lugar sin ofender más a un Dios como éste. Esto es característico de su completa y no arrepentida condición, ya que ellos no se vuelven a Aquel que los afligía para instruirlos, sino a sus propios sacerdotes, aquellos que ministraban ante Dagón, y a los adivinos, que correspondían a los magos de Egipto, que eran quienes los extraviaban. ¡Cuán verdadero es que el hombre natural nunca, en ninguna circunstancia, de su propia voluntad se volverá a la única fuente de luz que hay! ¡Es sólo el hijo de Dios, quien puede entrar en la Palabra "escucha a la vara y a Aquel que la ha señalado"! Es a Su propio pueblo que Dios dice: "*Si os volvéis a Mí, yo me volveré a vosotros*". ¿Qué pueden sacerdotes o adivinos saber del verdadero camino en el cual tratar con Dios, o devolverle a Él lo que le había

sido quitado, Su propia gloria y trono? Aun así, el propósito divino ha sido efectuado y el tiempo para el retorno del arca ha llegado. Por tanto, un nuevo juicio no marca este nuevo insulto, y se les permite a ellos tomar el camino sugerido por los sacerdotes, en el cual realmente Dios obtiene una nueva gloria para Sí mismo y da un adicional testimonio al hecho de que Él es en verdad el único Dios. Hay un débil instinto hacia la verdad divina sugerida en el consejo de los sacerdotes y adivinos.

"*Si enviáis el arca del Dios de Israel, no la enviéis vacía, sino devolvedla con una ofrenda de expiación. Entonces series sanados, y sabréis por qué Su mano no se ha alejado de sobre vosotros*" (6:3). En la más oscura mente de los paganos hay un vago, indefinido sentido de pecado contra Dios. Es decir, que podemos bien creer, en ese testimonio que Dios deja en el corazón de cada hombre, en el más ignorante, como también en el más culto, que él ha transgredido y pecado contra su Creador y Gobernador. Esto es demasiado universal como para ser ignorado. El sentido de pecado es amplio como la raza humana, y el sentido, también, de la necesidad en una u otra forma, de una ofrenda propiciatoria para Dios. Esto toma varias formas, la más grosera y repulsiva de los salvajes, y no menos insultante para Dios, la satisfacción en la presentación de dones de buenas obras o reformas por parte del profesante sin Cristo.

La ofrenda por transgresión, entonces, con la que debe ser devuelta el arca debe ser un memorial del juicio, y de un valor que sugiera la reverencia debida a Aquel que se había ofendido. Debemos tener en cuenta, sin embargo, que las ofrendas no van más allá del memorial de su aflicción. Se hacen imágenes de los tumores y de los ratones, pero ¿Qué acerca del pecado que trajo el juicio contra ellos? ¿Hay alguna confesión de eso, algún memorial de aquello? ¡Ah, no! El hombre natural ve la aflicción y la magnífica de manera a olvidar o ignorar la causa por la que esta aflicción vino. ¡Cuán diferente es esto de la verdadera ofrenda por la transgresión y la culpa que sólo puede ser de valor ante Dios! Aquello que no es un memorial de la aflicción merecida, sino un reconocimiento del pecado que hizo esto necesario; y, sobre todo, una confesión de que sólo la propiciación que puede ser aceptable a Dios es el sacrificio sin tacha de un sustituto santo, un constantemente recurrente testimonio a través de toda la historia de Israel, de Cristo, Quien sólo es este sacrificio expiatorio, Aquel que "*llevo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero*".

Él no sólo ha satisfecho cada demanda de la justicia de Dios, sino que, en la bella enseñanza del tipo, ha restaurado a Él más de lo que le había sido negado. ¡Qué gozo es contemplar la ofrenda expiatoria y saber que nuestra aceptación ante Dios no es medida, como podríamos decir, por mera imparcial justicia, aunque divina, sino que somos los objetos de Su delicia y complacencia; y esto es más de lo que podríamos haber sido si nunca hubiésemos pecado! Somos "*aceptos en el Amado*", gracias a Dios. Ninguna imagen, aunque fuese de oro, de nuestras plagas y de los pecados que las han hecho necesarias, sino la imagen de Dios mismo, Aquel en Quien brilla "*toda la plenitud de la Deidad corporalmente*", y

"*nosotros, estamos completos en Él*". ¡Cuán indigno, y en un sentido insultante al honor divino, parece esta presentación de ratones de oro! Esto era todo lo que el pobre paganismo podía dar; a todo lo que podía levantarse en su concepción de lo que demandaba Dios; tampoco pueda ser esto en lo más mínimo una excusa para su ignorancia, ya que esto fue un testigo de un absoluto y desesperanzador alejamiento de Dios mismo.

Y aun así no necesitamos ir muy lejos en la cristiandad para encontrar el mismo espíritu, entre aquellos cuyos pies brilla la luz del verdadero evangelio. En las iglesias de Roma pueden verse cientos de pequeñas ofrendas colgadas sobre las murallas; muletas y otras evidencias de aflicciones que han sido ofrecidas a Dios por aquellos en angustia. Tampoco esto está confinado a tan indigna frivolidad como éstas. En la esfera espiritual ¡Cuanto más es llevado a Dios que tiene este carácter! Los sacerdotes también apelan a los filisteos para que tomen advertencia de similares juicios que han sido infligidos sobre Faraón y los egipcios. En su ciego odio, Faraón sabía lo que sus siervos reconocían, que la tierra de Egipto estaba destruida, su corazón habiendo sido endurecido para su propia destrucción. Los filisteos eran advertidos de no endurecer su corazón en la misma forma. Así es, la naturaleza siempre toma las advertencias y se guarda de manera a escapar del extremo juicio, sin al menos ser llevado a una verdadera penitencia. Ésta no es sino otra forma de egoísmo que se salvará a sí mismo y que tomará suficiente interés en los tratos pasados de Dios para aprender cómo puede con menos peligro seguir ignorando y despreciando a Dios. Acab podía andar por muchos años muy suavemente y haber puesto a un lado el día del asesinato de Naboth. Pero Acab con semejante andar aún era Acab, no arrepentido y endurecido, la misma bondad de Dios al librarlo no lo llevó al arrepentimiento, sino que lo estimuló a seguir su curso de apostasía. Todo esto es opuesto a la aflicción piadosa que obra arrepentimiento. Los señores de los Filisteos estaban bastante dispuestos a escuchar todo este consejo, y además, en obediencia a sus instrucciones, preparan la ofrenda por la transgresión, poniéndola en un cofre junto al arca y a ésta en un carro nuevo. Adecuado realmente era que este carro fuera nuevo, uno que nunca había sido usado en el servicio filisteo. El instinto a menudo guía a quienes son muy ignorantes.

La latente incredulidad en el corazón de los filisteos se ve en la forma que ellos idean para restaurar el arca a la tierra de Israel. ¿Quién habría pensado en tomar dos vacas que nunca habían llevado yugo, para llevar un carro sin jinetes? ¿No exponía esto a una destrucción segura del arca? Y para acentuar la dificultad, los becerros de estas vacas eran dejados atrás, de manera que toda la naturaleza estaba en contra, para que el arca alcanzase la tierra de Israel. ¿No podemos creer también que allí había una esperanza latente en sus corazones de que ella se volviese en una dirección diferente a la que ellos estuviesen constreñidos a creer?

"*Si va por el camino a las costas de Bet-semes, entonces Él nos ha hecho este gran mal; y si no, entonces sabremos que no fue Su mano la que nos ha herido*".

Verdaderamente, si el mismo Dios vivo no estaba directamente comprometido en todo esto, si en esto no hubiese estado absolutamente Su mano infligiendo el golpe a causa de la presencia de Su arca, si no era Su voluntad restaurar nuevamente Su trono a Su pueblo, ningún mejor medio habría sido tomado para manifestar este hecho. Pero Dios se deleita en tales oportunidades para manifestarse Él mismo y mostrar Su brazo: ciertamente bien podemos creer que éste era un testigo final para los endurecidos corazones de este pueblo de que Él era verdaderamente Dios, y un sorprendente testimonio cuando Él retornaba a Su pueblo, del hecho que Su mano no se había acortado para no poder Salvar. Esto nos recuerda de ese tiempo en la historia de Israel, de su apostasía, cuando el profeta Elías publicaba su desafío delante de Dios a los profetas de Baal, con todo el pueblo como testigo, ésta no debía ser una prueba ordinaria. Ellos estaban allí para ver si Jehová era Dios o lo era Baal. De este modo se les permite a los sacerdotes tomar sus sacrificios y, sin inusual cuidado, ver si ellos podían hacer descender fuego del cielo. Cuando ellos han pasado el día en sus vanos gritos e hiriéndose a sí mismos, y sin haber alguna respuesta, y avergonzados y silenciosos ellos debían esperar por la voz de Dios, es entonces que el profeta tomó estas especiales precauciones para manifestar que había sido realmente Dios y sólo Él quien estaba tratando con Su pueblo. Agua es una y otra vez derramada sobre el sacrificio, sobre el altar, hasta que está llena el surco alrededor del altar, y cuando toda posibilidad de fuego ha sido quitada, todo el fuego de la naturaleza apagado entonces es que con una pocas y simples palabras el profeta pide al Señor que se manifieste Él mismo. ¡Ah! si, Él ahora puede hacerlo. Él no puede manifestarse donde hay todavía brasas de los esfuerzos de la naturaleza; y es bueno que el pecador realice esto. El fuego para arder por amor divino viene de Dios, no se encuentra en su corazón. Ésta sería una negación de la necesidad que el hombre tiene de Dios. Tampoco el creyente debe olvidar esta misma verdad.

Y de este modo las vacas siguieron su camino con su preciosa carga, bastante indispuestas en cuanto a lo que concernía a la naturaleza, mugiendo por sus ausentes becerros, pero ni por un solo momento volviendo atrás; y los señores de los Filisteos que las seguían eran obligados al final a admitir que Dios había vindicado Su honor y manifestado la realidad de Su propia presencia y cuidado por Su trono. Ellos las siguen y ven el arca depositada sobre una gran roca (1ª Samuel 6:14), —no podemos decir, que es un tipo de esa Roca inalterable sobre la cual descansa el trono de Dios, la base de todo sacrificio y relaciones con Él, Cristo mismo. Aquí dejamos a los Filisteos, quienes retornan a sus casas, felices, sin duda, de librarse de las plagas y de Aquel que se las había infligido.

El arca vuelve a **Bet-semes**, "La casa del sol", porque hay siempre luz donde Dios se manifiesta, y su retorno hace realmente la noche brillar a nuestro alrededor. Ésta llega al campo de Josué, "*Jehová Salvador*", un recuerdo al pueblo del único lugar de donde podía venir su salvación. En vano ellos podían mirar a las montañas, sólo Jehová podía salvar. Y aquí el instinto espiritual del pueblo, débil e ignorante como era, se muestra. Ellos toman el ganado y la

madera, el carro nuevo y ofrecen a las vacas en holocausto, más aceptable a Dios que las imágenes enviadas por los Filisteos, de lo cual no volvemos a escuchar más.

Pero la lección del honor de Dios no ha sido aún comprendida, y ¡Ay! Su pueblo ahora debe probar que Sus caminos son siempre iguales. Si Él es santo en el templo de Dagón, y el ídolo debe caer y postrarse ante Él; si esa misma santidad hiere a la nación Filistea, ésta no es menos intensa cuando viene a Su propio pueblo. De hecho, como bien sabemos, el juicio debe comenzar por la casa de Dios, y el profeta recuerda al pueblo que ellos son la única nación reconocida por Dios como suya, pero eso no los autoriza a inmunidad en el castigo, al contrario.

Los hombres de Bet-semes se alegran de ver al arca, pero realizaban o comprendían poco la causa de su partida al país de los Filisteos, y la necesidad de temor y temblor cuando se acercaban a la santa presencia de Dios. Ellos levantan la cubierta y miran dentro del arca, y Dios hiere al pueblo, y hay allí una gran mortandad. Esto parecía una simple cosa. Podemos difícilmente decir que esto fue una curiosidad ociosa ver lo que estaba dentro. Posiblemente ellos pueden haber pensado que los Filisteos habían sacado de ella las tablas del pacto, por alguna razón querían ver lo que había allí. ¿Éste no era el pacto por el cual ellos habían sido llevados e introducidos a la tierra? ¿No era la ley que había sido dada en Sinaí, escrita con el dedo de Dios? ¿Y ellos como pueblo de Dios no estaban autorizados a mirar sobre estas tablas de piedra? ¡Ah! Ellos habían olvidado dos cosas, que cuando Moisés trajo las primeras tablas desde el monte, y él vio la idolatría del pueblo danzando alrededor del becerro de oro; él arrojo las tablas de sus manos y las quebró al pie del monte. Moisés no se atrevió a deshonrar la ley de Dios por introducirla en un campamento en idolatría, y para de este modo librar al pueblo de la destrucción al permitir la majestad de la ley actuar sin estorbos en juicio sobre ellos a causa de su pecado. Ellos también olvidaron la cubierta divina sobre las tablas de piedra; el propiciatorio, con sus querubines, de oro puro, de una pieza con él, que hablaba de la justicia y juicio que son el fundamento del trono de Dios y que debe siempre ser vindicado o Él no puede permanecer en medio de Su pueblo. Sobre ese propiciatorio de oro la sangre de la expiación era anualmente rociada, testigo de esa justicia y juicio que ha sido vindicado en el sacrificio de un sustituto, y ese testigo de la expiación estaba allí ante Dios como el fundamento sobre el cual Su trono podía permanecer en medio de un pueblo pecador. Levantar el propiciatorio era de hecho negar la expiación. Ver las tablas de la ley del pacto era prácticamente ponerse ellos mismos descubiertos a la inexorable acción de esa ley que dice: "*Maldito el que no permaneciere en todas las cosas escritas en la ley para hacerlas*". La ley actuó, podemos decir, cuando la cubierta o el propiciatorio fue removido de su lugar. Cuanto debemos bendecir a Dios porque Su trono descanse sobre el propiciatorio; lugar en que la sangre que ha satisfecho cada demanda de la ley rota, y ante la cual la fe se deleita en mirar, donde se posan los ojos de los querubines, sobre aquello que habla de un sacrificio mejor que el de Abel, que

pide no venganza, sino la manifestación del amor de Dios y la gracia hacia el culpable. ¡Ah!, no; no permita Dios que jamás en pensamiento levantemos el propiciatorio del arca. Y de este modo al final la lección acerca de la santidad divina es en alguna medida aprendida. El pueblo es forzado, a causa de ser herido por Dios, aunque recién había vuelto en medio de ellos, a reconocer que a Él debe uno acercarse con reverencia y santo temor. "*¿Quién es capaz de estar ante este santo Señor?*" Aquí la incredulidad lucha con la reverencia; y por un tiempo triunfa, y en lugar de volverse a la simplicidad de Aquel que los había herido, para aprender ¿Cómo ellos debían acercarse a Él y gozar de Su favor sin peligro? Ellos no se interesan en esto, como los Filisteos, el arca debe salir de su medio, no ciertamente de su tierra, pero, aun así, removida de su inmediata presencia —para que ellos puedan tener el beneficio del favor de Dios sin tener el temor de Su presencia demasiado cerca, una cosa, ¡Ay! Demasiado común entre el pueblo profesante de Dios. ¿Y no podemos detectar esto en nuestros propios corazones que eludirían el constante sentido de la presencia de Dios en cada pensamiento y palabra? Actuando más bien, como estando a distancia de Él; pero donde podamos acudir a Él en un tiempo de necesidad o como deseamos movernos, pero donde no siempre estamos bajo Su ojo. Gracias a Dios, es en vano desear esto, esto no puede ser; y aun así en cuanto a nuestra experiencia, cuán a menudo perdemos mucho en nuestras almas a causa de que el deseo del salmista no es completamente nuestro: "*Una cosa he pedido al Señor, y esa buscaré, que pueda morar en la casa del Señor, e inquirir en su templo*".

Y de esta forma el arca no encuentra un lugar donde morar en medio de la nación, sino que es enviada a Quiriat-jearim, ("*ciudad de árboles, madera*"), extraña contradicción, y sugestivo del lugar de práctico destierro al cual Dios puede ser enviado, una ciudad en nombre, y aun así un bosque. Aquí David la encuentra (Sal.132:6). Ningún lugar ciertamente, para el trono de Dios; y aquí permanece durante veinte años (cap.7), hasta que la necesaria obra de arrepentimiento fuese realizada. Bien podemos creer que estos han sido años de fiel ministerio por parte de Samuel, y de gradual, tal indispuesta sumisión de parte del pueblo. Se nos dice después que toda la casa de Israel se lamentaba por el Señor. Mientras tanto, el arca descansa en la montaña, en la casa de Aminadab, y su hijo Eleazar con el nombre sacerdotal "*Mi Dios es ayuda*", está a cargo de ella. El arca nunca volvió a Silo: "*Él abandonó el tabernáculo de Silo, la tienda que Él había levantado entre los hombres, y entregó su poder a cautividad y Su gloria en manos del enemigo*" (Sal.78:60-61), "*Él rehusó el tabernáculo de José y no escogió a la tribu de Efraín*" (Sal.78:67). "*Id ahora a mi lugar que estuvo en Silo, donde puse mi Nombre al principio y ved lo que hice a éste por la maldad de mi pueblo Israel*" (Jer.7:10).

Había allí testimonio en dos formas. Dios nunca restaura en exactamente la misma forma un testimonio que ha fracasado. Silo, había venido a estar manchado y su Nombre conectado con la apostasía bajo Elí. Esta ciudad tuvo el deshonor de haber permitido que el trono de Jehová fuese removido y llevado a las manos del enemigo. Si, para hablar así, como el representante de la nación,

probado su incompetencia para mantener o guardar el honor de Dios, a Silo no podía encomendársele el arca nuevamente.

Entonces, también, fue en la tribu de Efraín —esa tribu que habla de los frutos de la vida en contraste a Judá, de cuya tribu vino el Señor, y cuyo nombre "Alabanza", nos sugiere aquello en lo cual sólo puede morar Dios. "*Tú habitas en medio de las alabanzas de Israel*". Alabanzas a Cristo es la única atmósfera en la cual Dios puede morar. ¡Como cada cosa enfatiza el rechazo de la carne! Aún como José mismo desplazó a Rubén el primogénito, y como Efraín, el hermano más joven, fue escogido antes que Manasés, así ahora nuevamente la tribu que había tenido el liderazgo y de la cual había salido el gran líder de la nación, Josué, debe ser puesta a un lado. "*El león de la tribu de Judá*", es el único que puede prevalecer, y todos estos cambios enfatizan este hecho que Dios ha escrito en toda Su palabra —no se puede confiar en el hombre, la carne para nada aprovecha, Cristo es todo.

Samuel Ridout

EBEN-EZER

"... aquella alma tendrá horror de la carne,
como de los principios
que la han conducido al mal;
pero, si el mal es realmente odiado,
uno será libertado del horror que el "yo" inspira
y la paz reinará en el alma".

"*Cuando los filisteos capturaron el arca de Dios, la llevaron desde* ***Eben-ezer*** *a Asdod. Y tomaron los filisteos el arca de Dios, y la metieron en la casa de Dagón, y la pusieron junto a Dagón. Y cuando al siguiente día los de Asdod se levantaron de mañana, he aquí Dagón postrado en tierra delante del arca de Jehová; y tomaron a Dagón y lo volvieron a su lugar*" (1ª Samuel 5:1-3).

Verdaderamente vemos en esto la actitud del hombre natural, lo único que puede hacer después de ver la inutilidad de su ídolo, es levantarlo y ponerlo en su lugar, es que el hombre es un esclavo, no tiene poder alguno, un ídolo es aquello que lo domina y que le hace un gran mal, aunque éste en su ceguera espiritual no se dé cuenta.

"*Y se agravó la mano de Jehová sobre los de Asdod, y los destruyó y los hirió con tumores en Asdod y en todo su territorio. Y viendo esto los de Asdod, dijeron: No quede con nosotros el arca del Dios de Israel, porque su mano es dura sobre nosotros y sobre nuestro dios Dagón*" (1ª Sam.5:6-7).

Si hubiese habido un poco de sinceridad en los corazones de estos hombres, la presencia de Dios en medio de ellos les hubiese mostrado quien era realmente el enemigo, quien era el causante de esos tumores y debilidad que destruía a Asdod, pero ellos no querían ver, por primera vez aparecía ante sus ojos una mano más poderosa que la mano de Dagón y aun así ni siquiera por temor se inclinaban ante ella, el corazón estaba completamente dominado, había sido atraído y seducido por las hermosas mentiras de este falso dios, mas ellos prefirieron deshacerse del Único que podía libertarlos.

"*Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno. Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en Su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén*" (1ª Juan 5:19-21).

"*No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre*" (1ª Juan 2:15-17).

Cuando Jacob fue antiguamente llamado a subir a Betel de en medio de la contaminada Siquem, él tenía poca idea de cómo su familia se había mezclado con la idolatría. Pero el llamado a "*sube a Betel*" despierta sus dormidas energías, y vivifica su conciencia, y da agudeza recta a su percepción moral. Entonces dice a su familia, "*quitad los dioses extraños que hay entre vosotros, y cambiad vuestros vestidos*". La misma idea de Betel, donde Dios le había aparecido, lo llevó a que fuese avivada su alma; y al serlo fue capacitado para guiar a otros también en nuevo poder.

Así es con la simiente de Jacob en 1ª Samuel 7:3, después de que el arca fuese capturada y devuelta por los filisteos; "*...Samuel habló a toda la casa de Israel, diciendo, si vosotros os volvéis al Señor con todo vuestro corazón, quitad entonces los dioses y a Astarot de entre vosotros, y* ***preparad vuestros corazones*** *para el Señor, y sólo a Él servid, y Él os libertará de la mano de los filisteos*". Observemos aquí el curso hacia abajo que Israel ha estado prosiguiendo en conexión con la casa de Elí. Siempre que son olvidados los derechos de Dios, el primer paso en el mal es poner la confianza en una forma aparte de Dios. El próximo paso es establecer un ídolo. En el capítulo 4 encontramos a Israel diciendo, "*traigamos el arca... y está nos salvará*". Pero ahora la palabra es, "*quitad los dioses extraños y a Astarot de entre vosotros*".

Lector, ¿No hay una solemne advertencia en todo esto para la Iglesia profesante? Verdaderamente que la hay. El presente es preeminentemente un día de formas sin poder. El frío espíritu y el formalismo se están moviendo sobre la faz de las aguas turbadas de la cristiandad, y pronto la falsa profesión, será interrumpida por "*la voz del arcángel y la trompeta de Dios*". Así también, la cristiandad se sirve del nombre de Cristo para exaltarse en medio de una iniquidad no juzgada. El signo exterior de la presencia de Dios le basta y al igual que Israel, dice: "*Tenemos el arca*", para luego dar gritos de júbilo que hagan temblar la tierra como preludio a su derrota.

Sin embargo, la actitud asumida por Israel en 1ª Samuel 7 forma un perfecto contraste con esta escena del cap.4. "*Y Samuel dijo. Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová. Y se reunieron en Mizpa, y sacaron agua, y la derramaron delante de Jehová,* (expresión de debilidad) *y ayunaron aquel día, y dijeron allí. Contra Jehová hemos pecado*" (7:5-6). Ésta era una obra real, y podemos decir, que ***Dios está aquí ahora***. No hay confianza en un mero símbolo o en una forma sin vida; no hay hueca pretensión o vana asunción, ni gritos, o jactancia sin ninguna base; todo es profunda y solemne realidad. El sincero clamor, el agua derramada, el ayuno, la confesión— todo nos habla del poderoso cambio que se ha efectuado en la condición moral de Israel.

Ellos ahora recurren al sacerdote fiel, y por medio de él al Señor mismo. Ellos no hablan ahora de traer el arca. No; su palabra es: "*no dejes de clamar por nosotros a Jehová nuestro Dios, para que nos guarde de la mano de los filisteos. Y Samuel tomó un cordero de leche y* ***lo sacrificó entero en holocausto a Jehová****; y clamó Samuel a Jehová por Israel, y Jehová le oyó*" (v.8-9). Aquí tenemos la fuente del poder en Israel. El cordero de leche— la provisión en gracia de Dios como un tierno recuerdo de la necesidad— dado en holocausto, ofrecido enteramente era el punto de vuelta al reconocimiento de los derechos de Jehová en su historia.

Y observe, los filisteos parecen haber estado en completa ignorancia de todo lo que estaba sucediendo entre Jehová e Israel. Ellos sin duda imaginaban que, ya que no habían escuchado ningún grito de triunfo, los israelitas estaban, en una más pobre condición que antes. Ellos no hacen ahora temblar la tierra, como en 1ª Samuel 4; pero, allí había una obra silenciosa que los ojos de los filisteos no podían ver, ni apreciar. ¿Qué podría un filisteo saber de un grito penitencial, del agua derramada, del cordero sacrificado en holocausto? Nada.

Los hombres de este mundo sólo pueden tomar conocimiento de aquello que está sobre la superficie. De la apariencia exterior, de la pompa, asunción de poder y de la grandeza de la carne, todo esto es muy bien comprendido por el mundo; pero ellos no saben nada de la realidad de un alma ejercitada ante Dios. Y a pesar de ello es esto último lo que el cristiano debe buscar sinceramente. Un alma ejercitada es muy preciosa a la vista de Dios; Él puede estar con los tales en todo tiempo. No asumamos ser algo, sino que simplemente tomemos nuestro lugar a los ojos de Dios, y Él ciertamente será nuestra fuente de poder y energía conforme a la medida de nuestra necesidad.

"*Y aconteció que mientras Samuel sacrificaba el holocausto, los filisteos llegaron para pelear con los hijos de Israel. Mas Jehová tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos y los atemorizó, y fueron vencidos ante Israel*" (v.9-10). Éste es el feliz resultado de la simple dependencia de Dios por parte de los ejércitos de Israel: esto era algo semejante al glorioso poder de Jehová a orillas del Mar Rojo. "El Señor es hombre de guerra". Cuando Su pueblo lo necesita, la fe puede contar con Él como **una piedra de ayuda (Eben-ezer)** en el tiempo de necesidad. Dondequiera que Israel se ha vuelto verdaderamente a Jehová, Él siempre estuvo preparado a manifestarse, pero la gloria debe ser para Él mismo. Los vacíos gritos del triunfo de Israel deben ser silenciados, para que la voz de Jehová pueda ser claramente oída. ¡Y que bendita cosa es estar callado y dejar hablar a Jehová! ¡Qué poder hay en Su voz para dar paz a Su pueblo y aterrorizar el corazón de sus enemigos! "¿Quién no te temerá y glorificará tu Nombre?"

"He aquí Tú amas la verdad en lo íntimo,
y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría".
(Salmo 51:6)

1ª Samuel 7:11-12

"*Y salieron los hijos de Israel de Mizpa, siguieron a los filisteos, hiriéndolos hasta abajo de Bet-car.*

Tomó luego Samuel una piedra y la puso entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre ***Eben-ezer****, diciendo: Hasta aquí nos ayudó Jehová. Así fueron sometidos los filisteos, y no volvieron más a entrar en el territorio de Israel; y la mano de Jehová estuvo contra los filisteos todos los días de Samuel. Y fueron restituidas a los hijos de Israel las ciudades que los filisteos habían tomado a los israelitas, desde Ecrón hasta Gat; e Israel libró su territorio de la mano de los filisteos. Y hubo paz entre Israel y el amorreo*".

Después de la victoria, Samuel los guía a reconocer un lugar que quedará en su historia, entre Mizpa y Sen. Veinte años han pasado desde que el arca fuera devuelta por los filisteos y que Israel se lamentara en pos de Jehová (7:2), debiendo pasar por Mizpa; es en este momento que este lugar geográfico recibe nombre: "piedra de ayuda".

El Espíritu lo ha mencionado con anterioridad para indicarnos el emplazamiento del campamento de Israel, y con esto darnos a conocer: que el mismo lugar en el cual Israel fue vencido por los filisteos, en el cual erradamente dio gritos de júbilo al traer el arca y en el cual el arca fue capturada, se ha convertido por la gracia de Dios, en el lugar de la victoria por Su ayuda. Desde este lugar Israel recordará la humillación con gozo, como siendo el medio de quebrantar una voluntad profana, en donde la amargura de la humillación se tornó dulce; en la conciencia bendita de que cuando el Señor nos lava, estamos completamente limpios.

Un lugar en donde el alboroto de lo externo mostró su carácter pasajero y en donde lo íntimo de tratar con Dios más allá del juicio de los actos cometidos es el interés del alma. Así podemos ver a los dioses ajenos y Astarot quitados, más esto es sólo el comienzo de un proceso: el agua derramada, al ayuno y la confesión le siguen. Luego se menciona el llamado a la lucha, la confianza en Dios y la entrega del holocausto; para finalizar con el reencuentro de Su favor, la victoria, la restitución de los bienes perdidos y la paz. Dios les da el gozo, pues ya todo está en regla.

Obtenido del estudio de algunos capítulos de 1ª Samuel por C.H.M. con algunos comentarios de H.Rossier y J.N.Darby

SICLAG

1ª Samuel 30: 1-9

"*Cuando David y sus hombres vinieron a Siclag al tercer día, los de Amalec habían invadido el Neguev y a Siclag, y habían asolado a Siclag y le habían prendido fuego. Y se habían llevado cautivas a las mujeres y a todos los que estaban allí, desde el menor hasta el mayor; pero a nadie habían dado muerte, sino se los habían llevado al seguir su camino. Vino, pues, David con los suyos a la ciudad, y he aquí que estaba quemada, y sus mujeres y sus hijos e hijas habían sido llevados cautivos. Entonces David y la gente que con él estaba alzaron su voz y lloraron, hasta que les faltaron las fuerzas para llorar. Las dos mujeres de David, Ahinoam jezreelita y Abigail la que fue mujer de Nabal el de Carmel, también eran cautivas.*

Y David se angustió mucho, porque el pueblo hablaba de apedrearlo, pues todo el pueblo estaba en amargura de alma, cada uno por sus hijos y por sus hijas; mas David se fortaleció en Jehová su Dios. Y dijo David al sacerdote Abiatar hijo de Ahimalec: Yo te ruego que me acerques el efod. Y Abiatar acercó el efod a David.

Y David consultó a Jehová, diciendo: ¿Perseguiré a estos merodeadores? ¿Los podré alcanzar? Y él le dijo: Síguelos, porque ciertamente los alcanzarás, y de cierto librarás a los cautivos. Partió, pues, David, él y los seiscientos hombres que con él estaban, y llegaron hasta el torrente de Besor, donde se quedaron algunos".

Una marcha según los pensamientos de su corazón natural había privado a David de la comunión con su Dios. No podía, en el camino que seguía, recibir como Enoc "*testimonio de haber agradado a Dios*". Dejado a sí mismo, él, uno de los excelentes de la tierra, había estado en peligro de naufragar en cuanto a la fe, igual como cualquier otro, y de abrazar la causa de los peores enemigos de su pueblo (capítulo 29). En medio de estos escollos, cuando abandonado a sus propias fuerzas ciertamente se habría hundido, Dios, al no poder guiarle con Su ojo, había empleado "cabestro y freno", es decir, un concurso de circunstancias contrarias a la voluntad de su siervo, para guardarle de una caída irremediable.

Vemos aquí como Dios restaura a David empleando la disciplina que su falta de santidad había hecho necesaria. Pero allí, en plena disciplina, Dios —cosa infinitamente preciosa— puede estar con él. David es herido en lo más querido que tiene, y esto le causa gran tristeza, pero el fruto apacible de justicia se ha producido. ¿Cómo lamentar, pues, que la mano de Dios se haya agravado sobre su siervo? El carácter de este hombre de Dios, formado por la disciplina, es de gran belleza y lleno de enseñanza para nuestras almas.

Durante la ausencia de David, Amalec, sin duda para vengarse (vea capítulo 27:8) se había adueñado de Siclag, ciudad de David, y, después de haberla

incendiado, había llevado cautivos a todos los habitantes con el botín, pero "*a nadie había dado muerte*". ¡Qué gracia de Dios! En este cruel asalto de un enemigo sin piedad, la vida de todos los cautivos había sido perdonada. Es así como Dios juzgaba a su siervo con medida y con un juicio que tenía como propósito su restauración. Sin embargo, hace falta que la disciplina sea sentida profundamente, para llevar sus frutos: "*Entonces David y la gente que con él estaba alzaron su voz y lloraron, hasta que les faltaron las fuerzas para llorar*". Los seres más queridos de David están entre los cautivos: la noble Abigail, asociada por la fe a la vida errante y a los sufrimientos de su esposo, ha sido llevada en cautiverio. Y, para que la copa de amargura desborde, los compañeros a quienes ha dirigido hasta aquí, llenos de irritación a causa de sus hijos y de sus hijas, le hacen responsable de esta calamidad, se vuelven contra él, y hablan de apedrearlo.

Pero la disciplina es, para el hombre de Dios, una amargura cordial que fortalece el alma en vez de debilitarla. Cuando todo llega a faltarle, David vuelve a encontrar a Dios como recurso. "*David se fortaleció en Jehová su Dios*". Este Dios fiel, conocido por él, que anteriormente le había ayudado en todas sus angustias, no había cambiado, y le vuelve a encontrar hoy el mismo que ayer y por la eternidad.

Y he aquí que David vuelve también a encontrar lo que le había caracterizado antes. "*Y dijo David al sacerdote Abiatar: Yo te ruego que me acerques el efod. Y Abiatar acercó el efod a David. Y David consultó a Jehová*" "*¿Perseguiré a estos merodeadores? ¿Los podré alcanzar? Y Él le dijo: Síguelos, porque ciertamente los alcanzarás, y de cierto librarás a los cautivos*".

Fuerte por esta respuesta, David sale a la lucha sin vacilar. Si David ha perdido todo lo que amaba, recupera lo más preciado para Su vida: Su dependencia de Dios. Vemos la fidelidad de Dios para con su siervo infiel, apenas éste le consulta, la respuesta de Dios no se hace esperar. Todo está preparado para el camino de David, Dios lo ha preparado: "*David se fortaleció en Jehová su Dios*". Tal vez en esos momentos todo era oscuro para David, pero Dios lo estaba librando de Siclag, cuyo significado es "*serpenteando*", el lugar adónde Satanás lo había conducido.

1ª Samuel 30: 11-16

"*Y hallaron en el campo a un hombre egipcio, el cual trajeron a David, y le dieron pan, y comió, y le dieron a beber agua. Le dieron también un pedazo de masa de higos secos y dos racimos de pasas. Y luego, que comió, volvió en él su espíritu; porque no había comido pan ni bebido agua en tres días y tres noches. Y le dijo David: ¿De quién eres tú, y de dónde eres? Y respondió el joven egipcio: Yo soy siervo de un amalecita, y me dejó mi amo hoy hace tres días, porque estaba yo enfermo; pues hicimos una incursión a la parte del Neguev que es de los cereteos, y de Judá, y al Neguev de Caleb; y pusimos fuego a Siclag.*

Y le dijo David: ¿Me llevarás tú a esa tropa? Y él dijo: Júrame por Dios que no me matarás, ni me entregarás en mano de mi amo, y yo te llevaré a esa gente.

Lo llevó, pues; y he aquí que estaban desparramados sobre toda aquella tierra, comiendo y bebiendo y haciendo fiesta, por todo aquel gran botín que habían tomado de la tierra de los filisteos y de la tierra de Judá".

1ª Samuel 30: 17-20

"*Y los hirió David desde aquella mañana hasta la tarde del día siguiente; y no escapó de ellos ninguno, sino cuatrocientos jóvenes que montaron sobre los camellos y huyeron. Y libró David todo lo que los amalecitas habían tomado, y asimismo libertó David a sus dos mujeres. Y no les faltó cosa alguna, chica ni grande, así de hijos como de hijas, del robo, y de todas las cosas que les habían tomado; todo lo recuperó David. Tomó también David todas las ovejas y el ganado mayor; y trayéndolo todo delante, decían: Este es el botín de David*".

Dios le devolvió todo, ¡Bendito Señor! ¡Cuánta es Tu gracia para con nosotros! Todo lo que amaba, lo que le era realmente precioso a su corazón le fue devuelto. Perdió Siclag, es cierto, pero Siclag era lo que Dios no le había dado, siempre hay perdidas porque en el gobierno de Dios uno debe cosechar lo que ha sembrado, pero veamos la inmensa gracia de nuestro Señor, con Su multiforme sabiduría, Su soberana gracia como Divino Alfarero hace que lo que perdamos no sea de Él, hemos llorado ¡Es cierto! Pero podemos confiar en Su gran amor que aún en eso habrá una gran bendición. Dios ha hecho que el enemigo presente comida, que del devorador salga dulzura, porque leemos: "*Tomó también David todas las ovejas y el ganado mayor; y trayéndolo todo delante, decían: Este es el botín de David*".

Lo mismo vemos con Job, Dios le quitó su nido, y éste exclamo, "*lo que temía eso me ha ocurrido*" (Job 3:25); sin duda, esto nos muestra un principio importantísimo: siempre hay temor cuando andamos en un camino lejos de Dios, siempre hay dudas porque Dios no deja que Satanás engañe nuestros sentidos espirituales y no tenemos la gracia de Dios que aumente nuestra fe para permitirnos seguir en descanso el camino que nos hemos propuesto.

Sin embargo, aún más podemos admirar Su fidelidad, porque en nuestra locura llegamos hasta ser sordos y ciegos, David tuvo que pasar esta amarga escena llena de desdicha e intranquilidad, de temor y dolor, no porque haya equivocado el camino, no porque se haya cansado de la persecución de Saúl, no por su falta de fe; ese llanto "*hasta que ya no tuvo fuerzas*" fue debido principalmente a que "*de muchas maneras habla Dios*" y debemos entender que a lo largo de todo el tiempo en que David hizo de esta ciudad su hogar, nuestro Dios le habló de muchas formas, en lo profundo de su ser David lo sabía, pero a medida que más avanzaba el tiempo, su corazón fue cerrándose a la Palabra de Dios, queriendo encontrar en Sus misericordias una respuesta positiva a lo que era sólo su propia voluntad. La voluntad humana no es capaz de satisfacer el corazón del hombre, mucho menos puede satisfacer a un hombre de Dios, y por supuesto jamás complacerá a Dios mismo.

Es admirable la fidelidad de Dios, como se nos presenta en este relato, sin duda alguna "*como un padre a un hijo te ha traído todos estos años*" y esto es lo que vemos aquí, la aplicación práctica de esta verdad, sólo un padre es capaz en el poder que da su amor de resistir el sufrimiento de un hijo que quiere perseverar en su obstinada voluntad y aun así no ceder; por prevenir y alejarlo de un mal cierto y futuro. Solamente un amor muy grande puede comportarse así, ser preocupado y consistente, ser fiel para herir, firme para resistir, y dulce para consolar. ¡Ah! Qué precioso es contar con un Padre así, fiel, firme y cuán dulce para consolar, ciertamente se dirá "*Él todo lo hace bien*".

¡David en Siclag!, puede que todo lo que alguna vez soñó como hombre lo hubiese encontrado allí, tal vez hasta encontró cierto descanso de las persecuciones de Saúl, sus necesidades fueron satisfechas, pero ciertamente David no fue feliz, sólo Dios sabe cómo hacer feliz a David, y esto no podía dárselo en Siclag. Más aún, en Siclag David no puede ser rey, no puede pelear las batallas de Jehová, no puede guiar al pueblo de Dios, no podrá mostrar las misericordias de Jehová; en fin, Dios no puede hacerlo un hombre dichoso, bienaventurado.

Qué vemos entonces, la pérdida se convierte en ganancia, si hemos perseverado en un mal, estemos seguros qué Dios es fiel, meditemos en nuestros caminos, llegado Su tiempo, Él nos despertará y entonces sufriremos la perdida de nuestra mala posición, de aquello que en nuestra infidelidad hemos abrazado, en medio de las lágrimas lo comprenderemos y sabremos que Él, a quien no hemos querido escuchar, es el mismo ayer, hoy y siempre.

Obtenido de un estudio del libro de 1ª Samuel por H.Rossier y de una predicación de Asamblea